

PORTE PAGO

Acción Obrera

ÓRGANO OFICIAL DEL SINDICATO O. DE LA INDUSTRIA DEL MUEBLE

(CONSTITUÍDO POR LOS EX SINDICATOS DE EBANISTAS, TAPICEROS, ESCULTORES, DORADORES Y TORNEROS)

ADHERIDO A LA UNIÓN SINDICAL ARGENTINA Y A LA UNIÓN OBRERA LOCAL DE BUENOS AIRES

Redacción: RIOJA 835 | BUENOS AIRES, AGOSTO DE 1925 | Año II. — Núm. 16.

LOS MOTIVOS DEL TRIUNFO

En los cinco meses que duró la huelga del personal del taller Ponti, no se produjo más que una deserción, de escaso significado para los propósitos del movimiento, dada la escasa capacidad del traidor para el trabajo. Recordamos el hecho como un merecido homenaje al personal y para significar que uno de los mayores elementos para la victoria de una huelga es el de la solidaridad de los huelguistas. Cuando se unifica el deseo de vencer y las múltiples voluntades se funden en una sola, queda de hecho eliminado un punto vulnerable a la influencia del capitalismo y reducidas sus probabilidades de triunfo sobre los trabajadores. Sabemos que una buena parte de las derrotas experimentadas en las luchas contra el patronato, más que a la energía de éste y al concurso del personal adventicio, se deben a la deserción de los trabajadores en lucha.

La falta de elementos capaces para reemplazar a los huelguistas y prescindir de ellos definitivamente, fué también uno de los motivos de la derrota patronal. En este particular el éxito corresponde más al Sindicato que al personal huelguista. Un gremio organizado, que procura asimilarse, lográndolo, a todo elemento útil a la industria, no corre en sus luchas los riesgos a que está expuesto aquel que sólo representa una minoría de trabajadores. Los obreros desorganizados son más propensos al crumiraje que los sindicados. Por lo menos a los obreros sindicados—en caso de traición—se les atrae con más facilidad que a los que no están en su condición. El obrero «libre» carece de esos vínculos que orientan la voluntad de los «federados». No tiene amigos en el Sindicato de los que pueda temer un reproche, y la acción que sobre él puedan ejercer los militantes de la organización nunca tiene la eficacia que es de esperar cuando se trata de un compañero que perteneció al Sindicato y que en esa condición tuvo oportunidad de familiarizarse en los talleres con otros trabajadores, de los que adquirió nociones de solidaridad obrera. El obrero que ya perteneció a la organización se le conoce su dirección, acaso su familia y sus amigos, todo lo cual permite predisponerlo a solidarizarse con los trabajadores en lucha; y en esto reside precisamente el mérito de una organización que logra fiscalizar a todos los individuos que componen el gremio.

Es en estas oportunidades de lucha con el patronato que se puede valorizar la importancia de una organización grande, de elevado número de hombres. De la importancia de este hecho conviene percatarse a fin de que cada trabajador sea un incansable propagandista del Sindicato, un interesado en su engrandecimiento, que no se conforma con ofrecer su actividad al conjunto ya formado, sino que trata de aumentarlo con el aporte de trabajadores indiferentes por su ignorancia, coadyuvando así a la labor oficial de incorporar al Sindicato a todos los trabajadores que están alejados de él. Cuando no quede al margen de la organización ni un solo hombre, no quedará a los capitalistas la perspectiva de conseguir ni un solo crumiro en caso de huelga; y los oficios solidarios de la Asociación del Trabajo, de la Liga Patriótica y de sus agentes reclutadores de carneros, fracasarán por completo.

Por último, anotaremos como otro motivo, muy apreciable por cierto, del triunfo de esta huelga, el interés que por la misma se tomaron muchos trabajadores del Sindicato.

Los requerimientos de la Comisión Administrativa nunca cayeron en el vacío. Por su iniciativa hubo reuniones nutridas de concurrentes a diversas horas y distintos días, inclusive domingos, sin que jamás se registrase un fracaso. Y cada cual cumplía con la misión que se le confiaba, siempre relacionada con la huelga, sin mostrar disgusto y antes bien demostrando placer. De este modo se pudo ir al domicilio de algunos adventicios a realizar propaganda en pro de la huelga, inspeccionar talleres sospechados de trabajar para el patrón en conflicto, y formar compactos grupos en las cercanías del taller para detener a los «libres», conducirlos a secretaría, y cuando no, significarles que no habría tranquilidad para su espíritu en tanto persistieran en su condición de traidores.

Fueron tan notables algunos de estos asedios, por el número de compañeros que los establecían, que la policía encargada de la vigilancia del taller llegó a calificarlos de «invasiones de langosta».

Por estas «mangas de langostas»; por la solidaridad que unió al personal—al punto que parecía un solo hombre—durante los cinco meses que duró el conflicto; por el empeño de la Comisión Administrativa en obtener el triunfo —realizando toda clase de gestiones a tal fin encaminadas;—y por el hecho de ser relativamente reducido el número de obreros eficientes que escapan a la acción fiscalizadora del Sindicato, se ha podido obtener un gran triunfo en una lucha que quizá fracasaría si hubiese fallado uno solo de los elementos que en ella han intervino para su éxito.

Esta concurrencia de actividades ha dado el triunfo al Sindicato.

Los triunfos que se obtengan en las luchas sucesivas serán fruto de la imitación del ejemplo que hoy ofrecemos al gremio; de lo contrario no serán triunfos.

Terminaron los tiempos en que un patrón se rendía a la «parada». Hoy, respaldando al patrón que lucha está la sociedad de su gremio; tras ella la federación de los gremios patronales; y esa solidaridad patronal, para ser vencida, exige una fuerte organización obrera, cuyas partes sean susceptibles de ponerse a tiempo en movimiento como si se tratase de una lucha que envolviese a todo el gremio.

LA JORNADA DE 6 HORAS

Por iniciativa de la Comisión Administrativa, la asamblea que el Sindicato efectuó el 31 del p. pdo. consideró la situación que podía crear a los menores de 18 años la reciente ley promulgada acerca de los mismos y por la que se establece que su jornada de trabajo no debe exceder de seis horas.

Es obvio decir que en la generalidad de los talleres la ley no era cumplida, dando tal hecho lugar a que los trabajadores fueran cómplices de los patrones, pues éstos eran los más interesados en mantener la vieja jornada de ocho horas para los menores.

La asamblea, al considerar esta situación, acordó implantar la jornada de seis horas.

Tuvo también en cuenta la posibilidad de que los patrones mermasen a los menores el jornal en la proporción en que se les reducía el horario. Para ello se basó en lo ocurrido en algunos talleres de importancia.

Al respecto resolvió no tomar por el momento ninguna resolución y postergar para cuando se presente un pliego de orden general a los patrones, la fijación de un salario mínimo que pueda resarcir a los menores de los perjuicios que transitoriamente sufran por la causa apuntada.

Se sobreentiende que el acuerdo del Sindicato no priva al personal de cada taller de la iniciativa de mejorar, en lo que respecta a salarios, la situación de los aprendices comprendidos en el nuevo horario. Desde el punto de vista de los personales, eso es cuestión de oportunidad y de fuerza.

La aplicación del referido acuerdo ya comenzó a repercutir en los talleres. Por ejemplo, en la fábrica de sillas de Colombo, cuyo personal está compuesto en un cuarenta por ciento de menores de 18 años, se produjo una huelga por la reposición de los menores. Antes que cederles la jornada de seis horas, el patrón decidió expulsarlos del taller.

Si no mediase la actitud del personal, el patrón, en lo que a la ley respecta, la hubiera desacatado, siguiendo así la conducta de la mayoría de sus colegas.

Consignamos el hecho por ser muy significativo. Los patrones son muy partidarios del orden establecido, de la ley y demás disposiciones legales, cuando todo ello conviene a sus intereses; pero si éstos sufren, de inmediato asumen una actitud subversiva. Y consignamos el hecho como demostración de la inocuidad legislativa. Sin nuestro concurso—el concurso de los trabajadores organizados en sus sindicatos—no se cumpliría ninguna disposición legal destinada a modificar las relaciones con el patronato. Aparte de otros hechos, la jornada de seis horas para los menores es un ejemplo.

En el momento de escribir estas líneas la huelga en el taller Colombo continúa firme, presumiéndose fundadamente que en breve obtendrán un triunfo los compañeros empeñados en la lucha.

SOBRE EDUCACIÓN

¡Educar! Se repite sin cesar esta palabra y las opiniones al respecto son tantas que ya no se sabe qué quiere significarse con esa expresión. El elemento que principalmente se ha hecho sujeto de experiencia, ha sido y continúa siendo el niño. Se discute sobre el significado de la palabra educar; sobre las condiciones del niño; sobre el papel del maestro y de la escuela: del hogar y de la sociedad. Y no deja de invocarse a cada momento a la *ciencia*. Se ha insistido demasiado—y de una manera dogmática —sobre la naturaleza del niño, a quien se ha considerado como un pequeño salvaje que hay que domesticar. Y en ese afán se ha llegado a considerar tantos buenos impulsos como malas cualidades que había que suprimir, sin comprender que son manifestaciones individuales de energía. La obstinación se la considera como algo diabólico; y no se advierte que hay que convertirla en voluntad firme. El afán de *domar* lleva a suprimir los impulsos en vez de guiarlos. Esto mismo hace pensar, más de una vez, si no sería mejor no educar. Le demasiada preocupación educacional ha extremado la acción, queriendo hacer todo artificialmente, substituyendo las impresiones reales de la vida por las «ideas», las «opiniones» y los «preceptos del maestro.

Educar, no siempre expresa guiar, sino infundir, abstracta y teóricamente, normas de conducta. Es un procedimiento estrictamente «intelectualista». La vida bella y agradable debería constituir el ambiente educacional. Entonces el niño recibiría impresiones de belleza, de bondad, de justicia y de todas las cosas buenas y nobles, modelándose su alma, forjándose su carácter, generándose el hombre bueno. ¿Existe hoy esa vida bella y agradable?

Educar por *preceptos* implicaría un educador para cada niño. Se ve que esto es imposible, y de ser posible implicaría una construcción artificiosa que los embates de la vida desmantelaría fácilmente.

El sistema educacional actual está lleno de restricciones, constituye una fuerza aplastadora de las individualidades.

El niño es el eterno curioso con deseos de estudiar—por lo menos en la realidad;—tiene el afán de explorar y conocer y se le sofoca con el pretexto de crearlo virtuoso; se le hace uno del montón en vez de un individuo.

Las virtudes que lleva son artificiales; luego, la vida pone de manifiesto su inconsistencia. Se pretende hacer un niño perfecto, un modelo. Se le exige *método, orden, fuerza de voluntad, honradez, conciencia del deber, coherencia...* Y, educadores—maestros y no maestros—no reunen siempre esas condiciones. Los niños a quienes se les exige todas esas «virtudes», son al mismo tiempo testigos atentos e inteligentes—porque no han sido corrompidos por la vida—de las acciones de los adultos que no concuerdan casi nunca con la enseñanza impartida.

Se exige «altivez» y es frecuente que el niño observe que nadie la tiene. Se predica guerra al «servilismo», infundiendo repulsión hacia los serviles, y no es raro que el mismo educador acepte que a su misma persona se la adule y que sean sus mismos educandos los actores de esa acción. Se exige «veracidad» y «honradez», y es común que el niño observe que no es ni veraz, ni honesto el educador, la gente de su casa, y mucho de los que conoce.

Se cree que el educador de la escuela del Estado es la fuerza que forma al niño para hacerlo apto para la vida. Sin embargo, los escolares, plantados en plena vida social no sirven para la lucha. «La escuela forma *súbditos*, da una educación tendenciosa, infunde *ideas* y *opiniones*, sea cual fuere la forma del Estado.» (Max Nordau.)

Dejar que el niño observe, que reciba impresiones más o menos directas; hacer que *viva*, es trabajar para que el niño pueda elaborar ideas, tener opinión, y que alcance a poseer individualidad. La educación por «sistemas» es una tortura silenciosa para la infancia.

¿Guiar o infundir preceptos?

¡Hay que ver cómo los niños activos, inteligentes, originales, iniciadores, obstinados, resultan en la escuela y en la casa los más infelices, pues sus educadores se violentan porque los consideran *fastidiosos!*

¡Los quieren a todos obedientes, sumisos, humildes!

¡Obediencia! ¡Sumisión! ¡Humildad! Palabras y conceptos horribles. Verdugos de los infelices niños que tienen curiosidad, iniciativa, obstinación, voluntad y originalidad. Frente a la obstinación del niño surge la violencia de los educadores de toda laya. Hay la tendencia a dominar y a hacer «súbditos».

Nuevos hogares, nuevas escuelas, nuevos ambientes, nuevas condiciones de vida y de trabajo, permitirán el advenimiento de una infancia feliz, libre, alegre, bulliciosa, bella, activa, original y altiva.

La vida, tal como es hoy, es la gran trastornadora de la educación, y seca la fuente de belleza que simboliza la niñez.

OSCAR PETRARCA.

Huelga de los trabajadores del mar británicos

En el momento de escribir estas líneas, se está desarrollando en los puertos del Imperio Británico una huelga de las tripulaciones de su marina mercante. El suceso es de mucha significación así desde el punto de vista obrero como del capitalista; no tanto por las consecuencias sindicales inmediatas que podría tener en caso de éxito, que todo induce a suponer sería el mismo que recientemente obtuvieron los trabajadores mineros del Reino Unido, sino por la trascendencia política que este éxito tendría para la organización obrera británica y, por lo mismo, para la internacional.

Sabido es que la vieja y fuerte Unión Nacional de Marineros que dirige Hawlock Wilson está constreñida en la arcaica estructura tradeunionista del siglo pasado, siendo la única supervivencia de ella después de la metamorfosis orgánica sufrida por la organización del trabajo británica a raíz de la gran huelga minera de 1917.

Todo induce a creer que hoy el organismo marítimo completa esta feliz evolución en él retrasada y con ella da término al último vestigio del espíritu anticuado que creía po-

sible un avenimiento cordial entre el capital y el trabajo. Prácticamente es el golpe postrero a la imposible colaboración entre estos dos términos, cuyo antagonismo insoluble no resulta así de disquisiciones teóricas, sino como una realidad material del fenómeno económico.

Este es el aspecto importante que ofrece esta huelga producida fuera del contralor de un organismo anquilosado que ha cumplido ya su misión. Su triunfo y, por consiguiente, la remoción de esta traba secular, dando nacimiento a otra organización de los trabajadores marítimos ingleses que los levante al nivel espiritual de los demás obreros de su país, sería un acontecimiento tan abrumador para el capitalismo como de consecuencias benéficas para la clase trabajadora.

Bien lo entiende así la prensa de aquél en su pronunciada tendencia a desprestigiar este movimiento, propalando la insidia de que él está fomentado por agentes bolcheviques, sabedora del descrédito y desprecio de que goza todo lo que huela a partido comunista entre los trabajadores británicos. Pero si son estas todas las armas que van a poner en juego, ellas serán ilusorias. El asunto es sencillo y concreto, como fué el reciente de los mineros: los marítimos no toleran ninguna rebaja en sus salarios ni sus condiciones de trabajo, por lo que corresponde a los armadores; y además lo que toca a ellos exclusivamente, el cambio de estructura y administración de la Unión Nacional de Marineros.

Este es el problema y dentro de su materialidad habrá que resolverlo. Todo lo demás son añadidos arbitrarios de origen patronal, y mayormente esas supuestas concomitancias con el gobierno bolchevique, tendientes, como decimos, a crear intrigas en el medio obrero en estos momentos peligrosos para el capital mercante, y escarbar la antipatía popular hacia el conflicto, aprovechando la actual cuestión de política imperialista que se debate en China entre el gobierno ruso y el gobierno inglés.

El deber de todos nosotros

Estimo que así como los obreros asociados disfrutan de ciertos derechos, tales el usufructo de las mejoras impuestas por el Sindicato, están obligados al cumplimiento de ciertos deberes.

A este respecto no basta sujetarse en el taller a las determinaciones del Sindicato, cumpliendo estrictamente sus mandatos, sino que es necesario persuadir a los demás de que los cumplan.

Y en esa actitud vigilante no está contenido todo el cumplimiento del deber de un asociado.

Es necesario preocuparse también por mantener en los compañeros de trabajo, vivo el contacto con la organización. Promover reuniones del personal para discutir sus intereses en relación con los del patrón, procurando que a estas reuniones asistan todos los compañeros, aunque para lograrlo se haga indispensable aplicar algún correctivo a los reacios.

En el orden general, asistir a las asambleas del Sindicato, interesarse por los temas en discusión, opinar sin temor cuando se piensa que el juicio de los asambleístas es equivocado, y procurar que los demás compañeros hagan también eso.

Es necesario también coadyuvar con los más activos militantes al engrandecimiento del Sindicato, lo que se consigue llenando los claros que dejen ellos o uniéndoles nuestro esfuerzo, y, de otra parte, interesando a los obreros del gremio que no son socios se hagan tales sin pérdida de tiempo, averiguando si el taller por cuyas puertas tenemos oportunidad de pasar está en buenas relaciones con el Sindicato y así en todo lo demás.

Pero lo que debe preocupar permanentemente a un buen socio es la asistencia a las asambleas, por ser allí donde se determina la marcha del Sindicato, pues, como se sabe, la soberanía de éste reside en las asambleas. Sindicato sin asambleas, por indiferencia de los socios, es cuerpo sin alma. Organismos así viven poco.

Cuidemos mucho que no nos ocurra lo que a cierto Sindicato que teniendo más de setecientos socios cotizantes efectuó una asamblea con diez y siete de ellos, y el resultado fué que los acuerdos tomados no se pudieron poner en práctica porque—claro está—si bien se invocó el gremio en esa asamblea, los trabajadores que lo componían estaban ausentes.

Bien está disfrutar las mejoras obtenidas por el Sindicato, estar al corriente con las cotizaciones y no murmurar cobardemente—como hacen algunos chismosos—de todo cuanto la organización realiza. Pero es indudable que si a esas preocupaciones se une el interés de poner en práctica lo que hemos señalado más arriba, el Sindicato se agigantará en breve, tornándose por ello más eficiente su contralor en los lugares de trabajo.

Un poquito de voluntad, compañeros, y pronto nos convenceremos de que es cosa de meses realizar este engrandecimiento que, de otra manera, sin el concurso de nuestra buena voluntad, no se realizará nunca.

El Sindicato necesita de todos nosotros. Seamos generosos con él.

PASCUAL PLESCIA.

EL PUEBLO Y LAS CLASES

Los políticos y los intelectuales de secta, en sus escritos y discursos, emplean con frecuencia el vocablo «pueblo» sin darse cuenta de que es una abstracción, como trataremos de demostrarlo a los trabajadores, para que se abstengan de intervenir en los problemas y conflictos que llegaran a producirse en el seno del pueblo democrático.

El problema social de los obreros radica en el mundo de la producción.

La burguesía, que realizó su revolución en el año 1789, trató de ocultar a los trabajadores sus problemas económicos, impidiendo constituyeran asociaciones de oficio.

Cuando los asalariados, después de la revolución, convencidos de que a ellos también les alcanzaban los beneficios de aquélla, pues habían derramado su sangre por la lucha y el triunfo de la revolución, trataron de asociarse con fines económicos, la burguesía, triunfante y dueña de Francia, se opuso,, promulgando la ley Chapelier, que prohibía a los trabajadores asalariados asociarse para mejorar sus condiciones económicas.

La burguesía desconoció entonces a los trabajadores personalidad social, y procuraba ocultar las clases, proclamando los «derechos del pueblo».

Como la burguesía había realizado la revolución en su exclusivo beneficio, los trabajadores no debían intervenir en la formación de la organización económica, ni en la constitución del poder político.

La clase trabajadora organizará su mundo económico y su mundo político, cuando realice su revolución, pero con fines comunes.

La burguesía que había hecho una revolución de clase, al tomar posesión de los instrumentos de producción; al proceder a constituir el poder político y al formular su constitución, consideró sus intereses y derechos de clase como si fueran intereses y derechos de todos. Se llamó pueblo, y, en adelante, éste sería soberano, y sólo en nombre de él debía legislarse y gobernarse.

La burguesía se identificó con el pueblo, quedando, en consecuencia, la clase trabajadora excluída de la dirección y organización económica, y también de la organización y dirección política.

Las diferencias económicas entre patrones y asalariados las ocultó, creando el personaje alegórico, el ciudadano, y declaró que todos los ciudadanos eran iguales ante la ley.

La burguesía, exigente en un principio porque se consideraba fuerte, y porque creía que la acción política electoral tuviera poder de transformación social, pues no la había experimentado; no acordó los «privilegios» cívicos sino a un grupo reducido de ciudadanos. Instituyó el voto calificado.

Como los inexpertos trabajadores habían sido excluídos de la democracia política, no se les había acordado el derecho del voto, ni tampoco el carácter de ciudadanos, emprendieron una larga y penosa lucha, conducidos por los intelectuales, para conquistar sus derechos políticos.

Los trabajadores, que se habían sacrificado por la revolución, trataron de reivindicar para ellos los derechos «cívicos», con objeto de igualarse a los patrones, votando como ellos en los comicios libres.

Recuerden los trabajadores las cruentas y sangrientas luchas que han tenido que realizar en el mundo para conquistar el sufragio universal.

¡Qué satisfacción y orgullo experimentaron los obreros al formar parte del pueblo soberano!

Habían conseguido, después de tantos esfuerzos y afanes, igualarse a los capitalistas; ¡pues ellos también eran ciudadanos!

¡Patrones y obreros eran, al fin, todos iguales ante la ley! Podían los obreros votar como sus amos, y su voto contenía el mismo valor cívico. ¡Cándidos e inexpertos trabajadores! No habían advertido que la burguesía con la igualdad política en la democracia, los desviaba de su lucha de clases, la única que les podía dar las mejoras necesarias y conducirlos gradualmente a su emancipación.

Los ilusos trabajadores peregrinaron largos años en la democracia política, «luchando» desde los partidos como ciudadanos, para derribar la burguesía, clase privilegiada que,, dueña del poder económico, y por esto dueña del poder político, dejaba a los partidos que riñeran en la democracia y se disputaran la «conquista» del poder, que era un espejismo político, consecuencia lógica del mundo abstracto de los ciudadanos.

La burguesía, inteligente y práctica, conservaba el mundo económico, donde imperaba sin control y sin responsabilidad, ¡y abandonaba al «pueblo soberano», «libre y capaz», el derecho de votar!

El obrero ciudadano había por fin alcanzado su «libertad» política (léase electoral, ¡no hay que confundir!); votaba como su amo, pero permanecía esclavizado en el fondo del taller sin derechos y sin dignidad. La igualdad política no servía sino para ocultar su desigualdad económica.

En el mundo de la producción, en el mundo real, los capitalistas se oponían por todos los medios a su alcance, los legales y los de fuerza, a que el trabajador conquistara mejoras y derechos de productor libre y digno.

Toleraba la clase capitalista que el obrero-ciudadano fuera su «igual» en la democracia política y tuviera los mismos «derechos» cívicos que ella. Además, que pudiera ejercer también el derecho de escribir y hablar «libremente». En las democracias, ganar elecciones, enviar sus representantes al parlamento, a los ministerios, pero que permaneciera esclavo sumiso y explotado en el mundo del trabajo. En el taller, la clase patronal lucha hasta la muerte, en defensa de sus derechos de dirigir y organizar la producción y ser dueña exclusiva de ella.

El ciudadano libre; pero el productor esclavo.

Hemos afirmado que el pueblo de la democracia es una irrealidad, que la burguesía ha creado, y por una propaganda hábil y tenaz, ha conseguido incorporar ese vocablo en la constitución y en los documentos públicos. Ha impuesto también a los diputados y senadores que deseen incorporarse al parlamento, revistan el carácter de representantes del pueblo, y no de la clase obrera.

Ha conseguido que todos los ciudadanos, inclusos los socialistas de partido, se sometan y acepten que el pueblo es una realidad.

En sus leyes de fondo y de forma, ha cuidado siempre de hablar en nombre del pueblo, de sus derechos, de sus deberes, de su historia. Pero, en la vida real, ese pueblo es la clase burguesa, que, queriendo que los obreros no se den cuenta de la existencia de clase de su condición económica y social inferior, trata hábilmente la clase dominante de hacer figurar el pueblo, aunque en realidad es ella exclusivamente el pueblo, el pueblo ¡soberano!, que hace el gobierno del pueblo, ¡para el pueblo!

En la realidad, el pueblo es la clase capitalista, (fuera de ella no hay pueblo), y esto lo ha conseguido sostener, hasta que los productores asalariados, tomando conciencia de sus intereses y derechos comunes, han organizado sus sindicatos profesionales, órganos revolucionarios de clase.

La aparición de las clases, a la luz del día, ha venido a demostrar que el pueblo no existe en realidad, pues el pueblo que la burguesía presenta siempre, y los intelectuales utilizan, no es un organismo, no es una unidad armónica, coherente, en el cual sus componentes funcionen al unísono, tengan intereses comunes y respondan al mismo fin.

A lo que se ha dado en llamar pueblo, es a un conglomerado, incoherente, inarmónico, un conflicto permanente, entre grupos sociales, que bregan por sus intereses específicos, y exteriormente antitéticos, por los cuales luchan y tratan de predominar los unos sobre los otros.

Como pueden notar los trabajadores, la burguesía trata de ocultar las clases, pues, se ha dado cuenta que si los otros grupos sociales pueden adaptarse al régimen económico social capitalista, vivir y desenvolverse en él; la clase de los productores asalariados, no puede adaptarse al régimen capitalista. Para conquistar sus mejoras y emanciparse, la clase trabajadora necesita rebelarse contra el régimen capitalista, y éste, a su vez, para vivir y desenvolverse, se ve obligado a mantener a la clase obrera, en su condición de clase inferior oprimida y explotada.

La igualdad económica no puede aceptarla la clase capitalista, sin condenarse a morir, como clase privilegiada.

Los grupos sociales o clases que pueden vivir y progresar, dentro del régimen capitalista, son conservadores.

La clase obrera, no pudiendo adaptarse al régimen dominante, sin permanecer en su condición inferior, necesita rebelarse, declararse clase revolucionaria, y por eso es la única llamada a librar a la sociedad, del régimen capitalista.

Ella, se encuentra en el mundo social, como obligada, condenada a hacer la revolución para vivir y traer el bienestar y la libertad a la humanidad.

Es la forma de producción capitalista que ha creado la clase, y en las luchas de éstas está contenido todo el socialismo.

Fuera de la lucha de clases, habrá otros problemas más o menos importantes, pero al solucionarlos, no se hace socialismo. Éste tien por misión histórica emancipar el trabajo, lo que a su vez, emancipará la sociedad.

Por eso el socialismo, que es una filosofía de productores, es un socialismo obrero y no tiene sentido, ni es posible comprenderlo, sino en el mundo de la producción.

Él nace en el taller, en el sindicato, en la huelga. Él va apareciendo a la luz del día y tomando fisonomía propia, con la lucha de los trabajadores con la institución patronal, que encarna el derecho burgués, y el sindicato que proclama el derecho de los productores libres. Ese conflicto, esa lucha de clases, es lo que va realizando el socialismo obrero, o Sindicalismo revolucionario, que, viene a explicar y a justificar las palabras de Marx: «Es el lado malo de la historia el que hace la historia.»

No es la clase privilegiada, ni sus instituciones creadas por ella, para resguardar sus privilegios, sino la clase oprimida, explotada, la que se ve obligada a transformar las condiciones económico-sociales para vivir y desenvolverse.

No es el pueblo, sino las clases, no es el ciudadano, sino el productor, no es el Estado, sino el Sindicato, el instrumento histórico de la Revolución Social.

X. X.

A propósito de Albert Thomas

El Sindicato Obrero de La Industria del Mueble, en conocimiento de la llegada a Buenos Aires de Albert Thomas, presidente de la Oficina Internacional del Trabajo, y considerando que esto interesa al proletariado todo;

Resuelve:

Denunciarlo como un vulgar traidor de la clase obrera y un agente del capitalismo internacional.

Que la misión que lo trae a este país no es otra que la de inducir a los trabajadores hacia a colaboración de clases, esto es el sometimiento a la legislación burguesa y ser víctimas así del reformismo castrador.

Que la misión de la O. I. del Trabajo es la de servir incondicionalmente al capitalismo y al fascismo internacional.

Por lo tanto, los trabajadores del Mueble denuncian a Albert Thomas como agente de la reacción burguesa, de la Asociación del Trabajo y de los rompehuelgas.

ÁNGEL J. RENOLDI.
Secretario general.

Un triunfo señalado del Sindicato de la I. del Mueble

¡Ponti ha sido vencido!

Y envueltos en su derrota han caído vencidas también dos poderosas entidades patronales, la Sociedad de Fabricantes de Muebles y la siniestra Asociación del Trabajo. Ambas merodeaban por allí con idéntico propósito y en perfecta solidaridad con la conducta y fines perseguidos por el empedernido industrial. Tres personas distintas y un solo enemigo verdadero: el capitalismo.

La exclamación jubilosa surge espontánea e incontenible ante la hermosa realidad que materializa las justas demandas de los trabajadores, sostenidas sin desfallecimientos a través de una lucha tenaz de cinco meses, alentados por la solidaridad que el Sindicato les prestó, para el que constituye un triunfo de resonancia, pues esta huelga, en virtud de los adversarios que se medían en la lucha que daría la medida del poder de cada cual, suscitó espectación y ansiedad que invadió el ambiente obrero donde fué seguido con atenta y sostenida atención.

Hoy queda firmemente establecido quien es el que puede más y que no es tan fiero el león como lo pintan. Ante la solidaridad obrera inteligentemente dirigida por el sindicalismo, la Asociación del Trabajo, que es la superinstitución de los capitalistas, ha resultado un rey de las selvas que se ha dejado cortar las uñas y limar los dientes.

Falta hacía en nuestros medios sindicales, una tan ruidosa demostración de alta capacidad sindical y de valerosa confrontación con una temible entidad patronal que muerde es-

DE LA VIDA Y MILAGROS DEL COMITÉ DE LA U. O. L.

Firmado por «Uno de la barra» se ha publicado en estas columnas un artículo en el que se comentaba una reunión de delegados de Sindicatos de la capital, celebrada para considerar aquella descabellada actitud del Comité Local que, haciendo mangas y capirotes de la organización, declaraba huelgas generales sin consultar a los trabajadores que debían ejecutarlas.

El comentario no fué del agrado del Comité y así lo manifestó éste por nota enviada a la Comisión Administrativa de nuestro Sindicato. Agregaba el Comité en su nota que el artículo de referencia «traslucía una acusación» y que a fin de que se concretase deseaba conocer el autor del artículo.

Contestóle la Comisión que no tomaría ninguna resolución respecto a su solicitud hasta tanto no indicase en qué consistía la acusación.

Pero el Comité se destapó, y en nueva nota remitió la transcripción de un párrafo del artículo «acusador». Se trataba del parto de los montes. Así lo entendió la Comisión administrativa, y así lo entenderán—estamos seguros de ello—todos cuantos lean la «terrible acusación» cuidadosamente elegida por el abombado Comité para causar sensación. Dice así: *Téngase presente que la conducta del C. L., si bien aprobada en la reunión de delegados de referencia, lo ha sido por los votos de delegados de organismos faltos de eficiencia para dar cumplimiento a las resoluciones, de los cuales algunos de éstos son de existencia dudosa.*

Al final de la nota se incurría nuevamente en la torpeza de pedir el nombre del autor del artículo.

Animada quizá del deseo de no colocar en ridículo al Comité, la Secretaría del Sindicato pasó por alto el parto de los montes reproducido en la Local, y se limitó a mandarle dos líneas que, despojadas del eufemismo característico de las notas oficiales, venían a decir: *No le llevamos el apunte.*

Pero el Comité, que al parecer se desvive por hacer el ridículo en cuanta ocasión se le presenta, en vez de ponerse colorado de vergüenza y ocultarse a la vista de la gente, salió a la calle vociferando que lo habían ofendido, pidió a la prensa un cuarto de columna y desde allí dijo que se le había acusado desde Acción Obrera, y calumniado, siendo el acusador un irresponsable protegido por la Comisión Administrativa de nuestro Sindicato.

¡Pobre Comité Local!

¿Pero de qué acusaron a ese desdichado Comité?

¿Por qué lo calumniaron tan sospechosamente—según su propio decir,—tan irresponsablemente, tan públicamente, tan...?

En substancia, el párrafo pecador que él mismo transcribe afirma lo siguiente: que la conducta del Comité fué aprobada; que la mayoría de los delegados representaban a sindicatos incapacitados para una acción seria; que la existencia de algunos de esos sindicatos es tan dudosa como la existencia de Dios.

Respecto a la primera afirmación, nosotros sabemos, por habérselo oído al Comité y por el conocimiento que poseemos de esos hechos, que la conducta del Comité fué aprobada en la reunión de delegados comentada por «Uno de la barra». No hay pues, tal acusación calumniosa contra el Comité, salvo que éste piense ahora que en aquella oportunidad se hizo acreedor a una «pateadura», que ese pensamiento se haya convertido para él en una obsesión y considere una imputación calumniosa culquier referencia que lo contraríe. Si es así, el sentido moral y la lógica del Comité nos hacen recordar a aquella «china» que decía a su amante: «Pégame más, negro, que me gusta.» Pues en último análisis, dicha afirmación pone de relieve un hecho del cual el único gananacioso es el Comité.

«Uno de la barra» debe tomar nota del caso, a fin de que cuando se ocupe del pintoresco Comité Local sea para sacudirle muchos palos; de otro modo provocaría su enojo.

La segunda afirmación de que la mayoría de los delegados asistentes a esa reunión representaban a sindicatos incapaces de una acción seria, no reza con el Comité. De haber ofensa, calumnia, etcétera, los afectados serían los delegados de esas organizaciones; a menos que el Comité agregase al papelón que viene realizando, el papel de representante de los sindicatos en los momentos de discutir su actuación.

Pero no hay tal cosa. El Comité habla por pura inconsciencia, y por exceso de lengua, de lo que no le corresponde, sin caer en la cuenta—¡malpocado!—de que al considerar calumniosa esta afirmación sólo consigue demostrar que ignora en absoluto el grado de eficiencia de las organizaciones de la capital. Esto, que sería vituperable en otro Comité, ya nos está resultando normal y justificable en el que nos ocupa. A tal punto llegó el autor de la iniciativa de la solidaridad a los Carpinteros de Rosario y denunciante del supuesto malestar de un boycot.

La tercera afirmación puede tratarse con los términos empleados para la segunda, ya que entre afirmar que el Sindicato B., por ejemplo, carece de eficiencia para una acción seria, y afirmar que no existe, no hay diferencia fundamental. Y no existen, o—si así lo prefiere el Comité Local—carecen de eficiencia todos aquellos sindicatos que no cuentan con más de cien, doscientos o trescientos individuos de gremios compuestos de cinco mil trabajadores, y en algunos casos de diez mil y aun más. Desgraciadamente, de esta clase de sindicatos hay muchos en la Local, más que de los otros, y fué de los delegados de muchos de ellos que el Comité obtuvo la aprobación de un acto detestable.. Ni aun deduciendo a favor suyo la incapacidad de distinguir un burro a cuatro pasos de distancia, el Comité no puede alegar ignorancia de la situación señalada, puesto que la mayoría de sus componentes pertenecen a organizaciones que se encuentran en ese estado.

Y, a todo esto, ¿dónde están las calumnias? El Comité Local ignora la definición de este término.

A más de la plancha de la «calumnia» el Comité se tiró la plancha de la «irresponsabilidad» del supuesto calumniador: que a esa conclusión llega al constatar la negativa de la C. A. de dar a conocer el nombre del «calumniador».

Dice el buen sentido—y lo que es de práctica en casos análogos lo confirma—que en ausencia del autor de un artículo el responsable de su contenido es el director del periódico, y a falta de éste la redacción u otros elementos que los substituyan a tales efectos. En el caso de Acción Obrera—tome nota el Comité—los responsables de las «calumnias» vertidas en sus columnas son: ante la Comisión Administrativa del Sindicato los miembros de la redacción, en el supuesto de que en caso de averiguación ocultasen al autor de la calumnia; y ante el Comité Local en este asunto—tan «sospechosamente» acusado—la C. A., desde el instante en que su secretario envía el Comité la nota en que le dice, refiriéndose al pedido del nombre del autor del artículo, que *no le lleva el apunte.*

Por este hecho las *calumnias* tienen responsable; y lo tienen además por este otro, más fundamental todavía: porque la Comisión Administrativa se *solidarizó* con las mismas al conocer la actitud infeliz del Comité, lamentando algunos de sus miembros que «Uno de la barra» se haya quedado tan corto en el decir.

El Comité Local no acierta ni una. Si alguna vez se salva de las llamas es para caer en la brasas.

---

pectaculosamente el polvo de la derrota en medio de los aplausos de todos los trabajadores conscientes que se regocijan por el resultado como propio, en virtud de la solidaridad de clase. Tomen nota los que a diario despotrican contra esta acción tesonera de capacitación obrera y hacen de la tribuna sindical un púlpito desde donde se predican nuevos evangelios, donde para mayor parecido no faltan los réprobos y los escogidos, pero en cuyas manos todos se quiebra como si una fatalidad los persiguiera, o fuese una lógica consecuencia de su incapacidad de hacer.

El efecto de este merecido triunfo será altamente tonificante en el ambiente sindical, donde la opinión de que la patronal era invencible había hecho más camino del conveniente. Y los compañeros comprenderán que es en el taller o en la fábrica donde hay que asestarle rudos golpes que quebranten su prestigio y levanten el de la organización y no salir por esas calles de Dios diciendo pestes de ellos mientras nos echan de los talleres.

No nos incumbe a nosotros ninguna tarea informativa, ya que la Comisión del Sindicato ha publicado un informe circunstanciado y, «Acción Obrera» que tenemos a la vista, relata extensamente el desarrollo del conflicto y su terminación de modo tan feliz. Pero si queremos hacer llegar a los camaradas triunfantes y al Sindicato que condujo la lucha, nuestra colurosa enhorabuena por un triunfo que pone de relieve su personalidad sindical con vigoroso relieve.

(De *El Aventino.*)

EL SINDICATO FRENTE A LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Cuando las organizaciones obreras surgieron a la vida como una necesidad impuesta por el progresivo desarrollo de la explotación capitalista, sus propósitos no estaban claramente definidos.

Los hombres más capaces que participaban de la «organización gremial», conceptuaban a ésta como un medio eficaz para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores, pero no para realizar tranformaciones radicales en la estructura del régimen capitalista.

De esta manera la acción de los trabajadores se reducía a cumplir deficientemente una función de mejoramiento económico, relegando en el «partido de clase» la misión de efectuar la transformación en el orden político, de lo cual resultaría también un cambio radical en el orden económico.

Esta era la misión que se le asignaba al «gremio», según la denominación que se le daba antiguamente.

La experiencia de los hechos vino a confirmar más tarde, que mientras «el partido de clase» limitaba su acción a legislar sin ningún provecho para los trabajadores, éstos, mediante sus instituciones de clase, iban paulatinamente dignificando el trabajo en detrimento del predominio absolutista que en el terreno económico ejercía la clase patronal.

Esto mismo influía en los hombres de Estado, quienes a fin de salvar el prestigio de esta institución, legislaban sobre las conquistas que el proletariado realizaba por su propia acción, para darles carácter legal.

El hecho de que el Estado legalizara estas conquistas, no garantizaba a los trabajadores el disfrute de las mismas, por cuanto los patronos, contra todo precepto legal, no desperdiciaban la oportunidad que se les presentara para violar las leyes del trabajo.

De suerte que, así como los trabajadores tenían que apelar a su propia fuerza para imponer condiciones al capital, de la cohesión y potencia de sus organismos dependía también la conservación de las conquistas realizadas.

Esto vino a demostrar tres razones fundamentales:

1º Que las relaciones políticas están determinadas por las relaciones económicas, siendo imposible transformar aquellas, sin realizar previamente la transformación económica.

2º Que los partidos políticos están inhabilitados para efectuar transformaciones, por que concretan su acción en un círculo legalitario, y no ejercen una influencia decisiva en el campo económico.

3º Que la acción que realizan en el Parlamento, tiene que encuadrarse en un plano reformista, es decir: debe tender a perfeccionar el orden actual, en lugar de propender a su completa destrucción.

Estas concepciones, fruto de la experiencia adquirida en la lucha diaria, dieron lugar a que surgiera el sindicalismo revolucionario, reivindicando para los trabajadores el derecho exclusivo de transformar el régimen capitalista, tanto en el orden económico como en el político.

Al «gremio», institución corporativista sucedió el sindicato, consagrándose como el órgano de emancipación económica y política de los trabajadores.

Haciendo suyo el axioma marxista «de que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos», se sentó como principio de lucha, «la acción directa», en oposición a la acción parlamentaria, sosteniendo como objetivo la necesidad de arrebatar al capitalismo los instrumentos de producción, y como base para instaurar las nuevas formas de convivencia social, «el deber de ser productor para tener derecho a consumir productos».

El sindicato, instrumento de combate en el régimen capitalista, será pues en el futuro el órgano de la producción y distribución de los productos, ejerciendo al mismo tiempo por su intermedio, la Central obrera, la dirección política del Estado proletario.

He aquí esbozadas sintéticamente las razones fundamentales que excluyen la intervención de los partidos políticos en el campo sindical. Sin embargo, los «partidos de clase» se empeñan celosamente en conquistar la dirección de las organizaciones obreras, y esto se debe a que no puede concebirse la existencia de esos partidos de «clase», sino cuentan con el apoyo de los trabajadores.

Si las organizaciones obreras reconocieran a los susodichos partidos, se desconocerían a sí mismas, y esto no haría sino retardar el advenimiento de la emancipación proletaria.

La organización sindical debe ser completamente independiente de los partidos políticos y grupos doctrinarios.

Si la clase obrera admitiera el tutelarismo de estas fracciones, no haría sino agravar la dominación que sobre ella ejercen los poderes del privilegio.

R. P.

Domicilio de socios

Se ruega a los compañeros cuyos nombres insertamos a continuación, con el correspondiente número de matrícula, se sirvan remitir a Secretaría su dirección, para los efectos a que están sujetos todos los componentes del Sindicato.

19, Alvarez Horacio; 20, Arenoff Luis; 404, Aretta Cayetano; 8, Burich Calixto; 9, Boldi Chiarino; 19, Bucassi Alberto; 26, Buenocore Juan; 730, Borestein Isaac; 743, Blajach Vicente; 777, Barreiro Venancio; 8, Campos Bernardo; 13, Cancina Carlos; 16, Casanovas José; 29, Caggiano Antonio; 49, Cerasuo Domingo; 55, Celsi Carlos; 59, Ciaio Tomás; 63, Charce Aisij; 65, Cattáneo Julio; 69, Condio Galiano; 73, Caputi Juan; 76, Cristina Enrique; 78, Chozzia José; 81, Choizzia Luis; 113, Cebria Francisco; 6, De Nápoli Carmelo; 10, D'Onoffrio Enrique; 11, De Nápole Francisco; 12, Della Mónica Vicente; 19, De Lorenzo Eduardo; 24 ,Díaz Gregorio; 30, Dippon Ludovico; 484, Davidzafran Abraham; 1, Erlich León; 2, Espinosa José; 3, Everaert Roberto; 5, Ecabone Francisco; 12, Fuster Bienvenido; 27, Finochietto Luis; 30, Franch Luis; 422, Frachman Federico; 466, Fasfer Isaías; 11, Guidone Nicolás; 27, Gabini Emilio; 29, Giaccio Juan; 34, Goriano Emilio; 39, Guzmán Jorge; 41, Golsman Marcos; 46, Gaetani Francisco; 47, Gremes Clemente; 48, Gil José; 73, Grablesky Juan; 79, García José; 723, Giunther Walter; 726, Giovagnoli Nazareno; 730, Giunther Pablo; 3, Hormud Gustavo; 14 Hamerich Juan; 2, Ingratta Angel; 2, Jaime Alfonso; 4, Jlavich Etibra; 6, Josembrín Abraham; 149, Kammarich José; 5, Lerzo Domingo; 14, Lozza Luis; 15, Lista Vicente; 474, Lauría Félix; 478, Levín Jacobo; 7, Mella Antonio; 45 Martinetto Pablo; 54 Mendano Francisco; 56 Martínez Juan; 789, Matil Bernardo; 6, Negretti Luis; 9, Nicolino Salvador; 121 Nicolás Aquiles; 136 Novaj Guillermo; 11. Ortega Sebastián; 7, Paltrinieri Orlando; 16, Perinetti Miguel Angel; 22, Prese Francisco; 23, Pigni Luis; 30, Pavón Rafael; 33, Pudles Carlos; 34, Pipopo Roque; 35, Piazza Alejandro; 42 Peati Domingo; 45, Palmerigiani Emilio; 46, Protta José; 56, Pulicino Pablo; 695, Plutno Oser; 731, Pfrafser Jorge; 13, Racedo Severo; 15, Riccito Juan; 18, Riva Angel; 19, Rieger Hermann; 22, Ravinovich Aron; 23, Rachiappe Roque; 25, Rivas Carlos; 34, Rubinfeld Jacobo; 3, Scorcelli Francisco; 29 Solontar Alejo; 32, Speroni José; 33, Simón José; 36, Sechi José; 37, Santamarina Reinaldo; 39, Szerman Girch; 40, Seidel Federico; 41, Stepani Sanete; 55, Seta Francisco; 57, Salomón Beni; 2, Troisi Emilio; 18, Tomasini Herminio; 21, Trotta Juan; 22, Trotta Pascual; p8 Tarechule; 34, Tinunín Ricardo; 232 Torres Silva José; 235, Tuozzi Pedro; 285, Tucci Antonio; 12, Verzi Miguel; 305, Vasulu Juan; 7, Waisman Moisés; 8, Waldman M; 25, Winther Carlos; 30, Wagner Roberto; 17, Yanozzi Rodolfo; 37, Yesko Juan; 39, Yajesz David; 2, Zucarelli Salvador; 87, Zarín Macario; 91, Zaak Eduardo.

Gran función y baile

Comunicamos a los compañeros, que la C. A. de nuestro Sindicato, ha organizado una FUNCIÓN y BAILE, que se efectuará el día SÁBADO 26 de SEPTIEMBRE, a las 20 horas, en el SALÓN «CASA SUIZA», calle RODRIGUEZ PEÑA 244.

El programa para dicho festival, así como los números de la Rifa que se sorteará ese día, serán remitidos en su oportunidad a los camaradas.

LAS CAUSAS DE LA DECADENCIA OBRERA

No extinguido del todo aun el eco de las disputas producidas en el seno de la organización obrera, cabe recordar de nuevo a los trabajadores que, pese a la labor negativa y disolvente de los influídos por ideales y tendencias y hasta por intereses antagónicos a la clase obrera, aun permanecemos unidos en un punto que es y tendrá que serlo siempre el lazo de unión de todos los trabajadores. Este punto es el lugar de trabajo. Lo es por nuestra condición de asalariados con intereses y objetivos comunes ante los que se quiebra siempre la dialéctica sectaria.

Contrariamente a lo que suponen teóricos y moralistas, que acuden a nuestras filas en busca de prosélitos, los que atribuyen la causa de la desorganización a la «falta de conciencia» a la «traición de los jefes», o directores espirituales y a la «tiranía del Estado» y «maldad capitalista», creemos que la desorganización es debida a dos causas tan evidentes como fundamentales, y que son: el desconocimiento u olvido del alto valor del Sindicato como órgano de lucha y de unión de voluntades, y la ausencia de tacto, de método y disciplina sindicales en los obreros asociados, cualidades de las que se ha creído poder prescindir, creyendo que podrán suplirse con el entusiasmo, la buena fe o la buena voluntad.

Y naturalmente, por haber dejado a la ineptitud con entusiasmo, a la buena fe sin experiencia e ilustración y a la buena voluntad llena de audacia manejar los asuntos obreros, se jugó con la organización sindical como quien juega a los dados, dejando a la casualidad, al entusiasmo de la masa, el resultado de lo que debiera ser expresión de una fuerza organizada, asesorada por la experiencia de personas versadas en tales asuntos, surgidas de la propia organización, con capacidad para aplicar procedimientos que por su solidez hubiesen dado resultados óptimos en anteriores luchas.

Se ha creído que la gestión de los intereses sindicales podía confiarse a personas que por sus hábitos de vida (y por lo común sin hábitos de trabajo), por su procedencia ideológica y social ajenas al medio obrero, por su desconocimiento de los innumerables problemas que la vida sindical plantea no podían resolverlos con éxito para los obreros, aun suponiéndoles las cualidades que rara vez poseían.

Con tal creencia, los resultados no podían ser otros que los que estamos palpando.

Ocurre en el medio obrero un fenómeno asaz curioso. Se concede que un trabajador no debe ocupar una plaza de operario en determinado oficio si no lo sabe o carece de la seriedad necesaria para desempeñar su puesto, así como a nadie se le ocurre dar la defensa de un pleito a un médico, por grande que sea su fama, ni pedir a un abogado remedio a sus dolencias, por mucha que sea su elocuencia e ilustración. En cambio, no se ha vacilado en poner los intereses gremiales en manos de personas que no sabían ni jota de cuestiones obreras, lo que no les impedía ni impide que con pasmosa frescura pontifiquen gravemente y excomulguen a los que tilden de heréticos, traidores o reformistas, lancen admoniciones y planeen proyectos de reconstrucción social, con una completa falta de sentido del ridículo papel de tartarines que han venido desempeñando.

Y no para ahí la obra de subversión y engaño de los tales majaderos. Las consecuencias son aún más graves. Validos de la falta de cultura y tradición sindicales en la masa obrera, han infectado el ambiente proletario con sus delirios idealistas, produciendo un enorme caos en la mente sencilla del obrero, consiguiendo arrastrar en sus desvaríos a muchos insensatos entusiastas, al extremo que, las asambleas obreras han dejado de ser reuniones de trabajadores unidos por idénticos deseos y necesidades, para transformarse en una babel de ideas y tendencias de lo más absurdo y contradictorio que pueda darse.

Se explica, pues, que en un medio tal fracasen las mejores iniciativas, se pierdan huelgas, se relaje la disciplina sindical y, finalmente, que el obrero de escasas luces, de natural tímido, el que nunca habla en las asambleas, pero que observa, el que cumplía con su deber de obrero sindicado, llegue a la triste conclusión que de las teológicas disputas de que es presa su sindicato no puede salir nada bueno, y opte por no concurrir al mismo, perdida la fe en su eficacia, debido a que apóstoles que a diario se injurian, no llegan jamás a nada práctico.

A. Folgueral.

El espíritu universal de las leyes de todos los países, es favorecer siempre al fuerte contra el débil, y al que tiene algo contra el que no tiene nada.

Rousseau

EXTRAVIOS DE MENTORES

De tanto en tanto se lee en la prensa obrera, cualquiera sea su tendencia, juicios con los cuales algunos pretenden fijar rumbos a la acción de los trabajadores. Se trata de gentes que han tomado muy por lo serio el papel de orientadores o de magísters, cuando no el de héroes que, como si fueran nuevos Teseos, dicen penetrar en el laberinto en que suponen perdido al proletario. Quienes piensan y obran de ese modo no han encontrado, sin embargo, el hilo de Ariadna para salir del maremágnum de rutas en el cual se ven perdidos, y, distintamente a lo del personaje legendario, ocurre que, por lo común, obtienen exactamente lo contrario de lo que se habían propuesto.

La confusión y la obscuridad es la luz del conocimiento que proyectan sus pensamientos, pretendiendo con ella, no obstante, aclarar la misérrima vislumbre que a su entender caracteriza al proletariado.

Se habla, por ejemplo, de la revolución obrera o social, y se afirma con entusiasmo encantador que si ésta fuera de carácter exclusivamente económico, sólo traería al mundo una mentalidad parecida a la de los esclavos. El esclavo tendría resuelto, según esa premisa, el problema económico, pero esto no significaría que hubiese solucionado el problema de su libertad.

Es indudable que los que así piensan han equivocado el camino. Aun cuando estuviera dentro de sus propósitos librar al proletariado del monstruo que lo esclaviza, lo único que consiguen es perderlo más todavía en el intrincado camino que le ofrecen tantas doctrinas contradictorias como incoherentes.

La cuestión económica, fundamento de todo el proceso revolucionario de la historia humana, no es como se pretende, para el proletariado, que hoy representa su fuerza dinámica, un simple problema de apacentamiento de bestias. Si así fuera, habría que admitir que bastaría con que tuviera qué comer para que desapareciese la inquietud social que trabaja el actual régimen. Y se sabe que mal o bien, los trabajadores comen.

Es un error pensar que la economía se resuelva en un establo, en donde los obreros devorarían sus raciones para luego excrementarlas. Los productores no son unas bestias, aunque como aquéllas, para vivir, necesitan alimentarse. Parte integrantes del género humano, abrigan sentimientos y anhelos humanos. Como tales han llegado a la conclusión de que en la vida nadie tiene más derecho que otro a vivir bien y libremente. Saben que en tanto haya quien viva sin trabajar y quienes trabajan sin vivir, sus aspiraciones de libertad no podrán ser materializadas. Ellos han llegado al convencimiento de que mientras producen hay en la sociedad una clase de no productores que usufructúan los beneficios de su trabajo; que esta última tiene en sus manos no obstante su carácter de parasitaria, los medios de producción y de cambio, mediante los cuales se erige en el árbitro de los destinos sociales y representa la fuerza directriz del mundo.

De tan chocante desigualdad ha surgido la lucha de clases, que los juristas y filósofos de la burguesía pretenden desaparecida con la instauración de los derechos del hombre y la igualdad política.

Los trabajadores saben que si tienen iguales derechos que los plutócratas en un día de elecciones, y que como a ellos la ley prohibe al rico —diría France,—dormir debajo de los puentes, mendigar por las calles o robar un pan, en cambio aquél posee el poder real, el poder económico, con el cual puede satisfacer sus necesidades y dominar todas las otras manifestaciones de la vida. También están enterados que el manejo de esta potencia permite a la clase opresora, representada por banqueros, reyes de los ferrocarriles y del transporte, pulpos de la industria y el comercio,, extender sus tentaculares garfios sobre las distintas capas de la sociedad, infiriendo de este conocimiento que no es posible hablar de libertad, sea ésta política, moral, social o espiritual, si no ha instaurado la libertad económica, si no se han librado del poder aristocrático, feudal y absolutista que emerge de la vasta organización industrial, comercial y financiera del capitalismo.

La libertad política, moral y social del proletariado debe ser necesariamente la resultante de su emancipación económica. Confundir esta aspiración con un gran festín pantagruélico, o pensar que ella tiene semejanza con la solución que ofrecería la institución de grandes asilos, donde acudirían los obreros después de la jornada de trabajo para que se le apaciente como a la bestia del establo, es sencillamente ridículo, cuando no revela desconocimiento del problema.

El proletariado ha creado órganos específicos y originales que le permitirán librarse de los amos ocultos y no convertirlos en esclavos o clientes propios de épocas ya pretéritas.

El sindicalismo, o sea la organización autónoma de la clase obrera, es el que va operando ese gran movimiento de renovación del mundo por la soberanía del trabajo. Movimiento constructivo y de realizaciones, él expresa una intuición del proletariado, según la cual, las instituciones actuales, cualesquiera que sean sus un ejemplar dañino trasplantado a un medida que vayan siendo rechazadas por las nuevas creaciones sociales. Proceso de autoemancipación, él representa—como afirmara Lagardelle—la separación de los productores de los que no producen y la eliminación de la sociedad política por la sociedad económica.

La huelga, por ejemplo, que es una manifestación genuinamente sindical, podrá tener para algunos un aspecto grosero, para otros una finalidad catastrófica y para los demás representar una vulgar fiesta de uno o varios días; pero es indudable que ella representa un poder galvanizador y de exaltación de la fuerza orgánica y de la personalidad social del proletariado, a la vez que el medio por el cual se abre ante sus ojos un ancho horizonte, libre ya de las brumas en que lo envuelven los prejuicios que, respecto a su función social representan los distintos órganos de la sociedad burguesa.

Con su acción sindicalista la clase obrera viene a realizar de este modo el clásico pensamiento proudhoniano, según el cual el taller hará desaparecer el gobierno. Con ella, al nacer en el taller e irradiar su influencia sobre la sociedad entera, resume el aspecto económico y político de su lucha, cuya síntesis y refundición buscara el autor de *La capacidad política de las clases jornaleras.* Económico, en cuanto tiende a substraer de manos del capitalismo las fuerzas productivas, y político, en cuanto se propone ejercer desde los órganos sindicales la dirección general de la sociedad, substituyendo de este modo el tradicional gobierno de los hombres por el de la administración de las cosas, sistema éste en el cual se condensa con claridad meridiana el propósito transformador del sindicalismo, que ya enunciaran más de medio siglo atrás con su filosofía balbuciente dos grandes teóricos del proletariado y críticos de la burguesía: Marx y Proudhon.

S. Eviterno.

SUFRAGIO UNIVERSAL

Un águila habló así:—Desde el momento
que ya existe el sufragio universal,
es justo que también el animal
mande un representante al Parlamento,
porque, a este paso, lógico es creer
que nos lo den después que a la mujer.

Pero, ¿a quién nombraremos diputado?
¿Cómo hallar una bestia independiente
que con mayor acierto represente
la clase animalesca del Estado,
y exponga, en cada caso, su criterio
sin lamerle los pies al Ministerio?

En mi opinión, sólo hay una alimaña
digna de estar entre los congresales,
y es la mosca que sabe sus ideales
porque vuela y escarba y se da maña.
Y en cuestión de partidos y teorías,
hay que pasar por muchas porquerías.

Trilussa.

A LOS TORNEROS

Comunicamos a los compañeros torneros que en la asamblea efectuada por esta rama de nuestra industria, se resolvió establecer un turno de compañeros torneros, para que todas las noches atiendan en secretaría a los camaradas torneros que vengan a requerir informes y datos relacionados con los talleres de tornería.

Es necesario que de una buena vez los compañeros torneros abandonen esa apatía hacia la organización y concurran a secretaría a informarse de todos los asuntos relacionados con esa rama, y poder coordinar una acción en conjunto que neutralice ciertos abusos de los patrones, que no desperdician oportunidad para intentar desconocer lo que otrora supieron conquistar los compañeros torneros.

Es deber de todo obrero tornero secundar los trabajos de reorganización, emprendidos ya y tratar de atraer al Sindicato a todos los que se encuentran alejados de él. El horario de los turnos es el siguiente: de 20 a 22 horas todos los días, y los sábados de 15 a 18 horas.

LOS "PERSONEROS" DE LA CLASE TRABAJADORA

La breve estada de Alberto Thomas en este país, ha motivado, entre otras cosas, una serie de conferencias pronunciadas por el presidente de la Oficina Internacional del Trabajo, patrocinadas, algunas de ellas, por el partido socialista.

Más que los conceptos vertidos en dichas conferencias, que carecen por cierto del atractivo de la novedad, nos interesa la facultad que se arroga el partido socialista, para asumir la representación de los trabajadores del país, siendo así que la clase obrera no ha dado al visitante más importancia que la que concede a los innumerables hombres de letras y de la política que nos visitan con una frecuencia epidémica.

El hecho de que el partido socialista se califique a sí mismo de «partido de clase», no constituye título suficiente para que haga compartir a los trabajadores la responsabilidad de sus trapisondas, utilizando el nombre de éstos para favorecer sus intereses propios.

Al partido socialista, como a cualesquiera otra fracción política, debe bastarle su propio nombre cuando se propone homenajear a un correligionario, máxime no existiendo ningún hecho que vincule los auténticos organismos obreros a aquéllos.

Lo que menos deseaban los trabajadores era escuchar la palabra, autorizada o no, del presidente de la Oficina Internacional del Trabajo; por el contrario, a juzgar por ciertas declaraciones formuladas por sindicatos de innegable importancia y hasta por la propia Central obrera del país, Alberto Thomas ha presentado, durante su estancia en esta, el mismo papel que un ejemplar dañino trasplantado a un medio extraño.

Es una costumbre inveterada del partido socialista, vestirse, como vulgarmente se dice, con las plumas del grajo, arrogándose la representación de los trabajadores; y nada tan improbable como que la clase obrera cometa la claudicación de confiarle su representación.

Tan difícil es esto como que la Oficina Internacional del Trabajo llegue alguna vez a constituirse en un organismo de provecho para los trabajadores del mundo.

.. ..

Y el partido comunista, ha creído de su deber perturbar uno de esos actos en que hablaba Alberto Thomas, también en nombre de la clase obrera.

Claro está que de no mediar estas travesuras, propias tan solo de gentes que no saben qué hacer ni en qué entretenerse, podría ponerse en duda su existencia; pero esas niñerías podían hacerlas igualmente, sin invocar la clase obrera, bajo su exclusiva responsabilidad.

No necesitan los trabajadores de defensores, voluntarios o interesados, y mucho menos de gentes que, de fracaso en fracaso, sólo aciertan ya a escoger recursos ruidosos intentando conseguir algún favor de la clase obrera.

No tenían los trabajadores el más mínimo interés en perturbar esos actos, con lo cual no habrían hecho sino magnificarlos, dándoles una importancia que en realidad no tuvieron.

Para significar su desaprobación, nada mejor que la actitud de glacial indiferencia con que han acogido al presidente de la Oficina Internacional del Trabajo, cual si hubieran ignorado su existencia entre nosotros.

Después de todo, tan justificada encontramos la actitud del partido socialista al haber aprovechado a Alberto Thomas como un elemento de propaganda, como la del partido comunista al tentar infantilmente de desbaratar esos planes.

Se trata de dos fracciones políticas que, como tales, han pretendido sacar el mejor provecho de una situación.

... ...

La clase obrera ha brillado por su ausencia en esta puja politiqueril. Ella no ha delegado en ninguna fracción política, su facultad de determinación, y abomina de los «diligentes» personeros que le salen al paso usurpándole su nombre.

Los trabajadores tienen sus organismos propios, mediante los cuales expresan sus deseos y hacen respetar sus derechos.

Esos organismos, los sindicatos, son realmente los que representan a la clase trabajadora y ninguna otra institución, cualesquiera sea la etiqueta que gaste, puede, con autoridad suficiente, asumir la representación de los trabajadores.

Y porque los sindicatos están constituídos exclusivamente por obreros, siendo los propios trabajadores los que, buena o malamente resuelven sus propios asuntos, sólo las decisiones emanadas del orden sindical pueden ostentar legítimamente el sello de la clase obrera.

Y por lo que respecta a Alberto Thomas la mayor parte de los trabajadores nada ha di-

El valor de la organización sindical y de su acción diaria

LA ELEVACIÓN MATERIAL Y LA ELEVACIÓN INTELECTUAL

Es, pues, indiscutible, que los trabajadores se han conquistado en constante lucha contra el capitalismo, mejores condiciones de vida, que no se limitaron sólo a una elevación de su situación puramente material, sino que han fomentado y desarrollado esencialmente también sus necesidades de valores morales y culturales. Se podría objetar, es verdad, que esas conquistas mínimas son completamente insignificantes y sin importancia en comparación con el objetivo socialista del movimiento obrero revolucionario. Realmente hay un número de llamados «radicales» que, partiendo de tal punto de vista, rechazan como sin perspectivas y como «reformista» todo ensayo de mejorar la situación proletaria dentro de la sociedad actual, y sólo hablan de una lucha «por el todo», que necesariamente debe quedar siempre en palabras.

Cuando se consideran cosas puramente abstractas y se menosprecia la realidad por completo, parece ciertamente que todas las luchas de los trabajadores por mejoramientos prácticos, sean inútiles. En realidad ¿qué valor tienen todos esos mejoramientos, que han arrancado los obreros a los capitalistas en continuas y tenaces luchas de muchas décadas, si se comparan con el ideal de un porvenir socialista? Pero tal consideración puramente abstracta de las cosas ha producido muchos años. Se pierden así demasiado de vista las duras realidades de la vida y se substituye la firme voluntad de hacer mutaciones por los piadosos deseos y las fantasmagorías sofísticas, tras lo cual no se oculta ningún principio claro. Empequeñézcanse lo que se quiera desde las alturas del «principio puro», las conquistas prácticas de las luchas proletarias y menospréciense como inútiles; para los proletarios, sin embargo, significan infinitamente mucho.

Pregúntese a un proletario mismo, al hombre que debe extenuarse en una dura labor cotidiana en el taller, en la mina, en el campo o en los altos hornos a fin de ganar los míseros medios para el sostenimiento de la vida, pregúntesele lo que han significado esas insignificantes mejoras para él y para su familia. Inténtese hacerle ver que en el fondo no significa nada el que sude ocho o doce horas, pues en uno y en otro caso permanece siendo un esclavo del salario.

O explíquese a la mujer del pueblo, que debe atender con el salario que su esposo trae a casa los sábados, las necesidades de la familia, explíquesele que en sí y por sí nada importa que el salario alcance para poder comprar únicamente pan y patatas, como hemos visto en el período de inflación y desgraciadamente vemos hoy mismo todos los días, o que alcance también para la satisfacción de otras necesidades. . Explíquesele que eso tendría que serle indiferente, pues por ese hecho no se pone en peligro la existencia del régimen capitalista. Inténtese hacerle ver eso, y la sencilla mujer del pueblo dudará de vuestra sabiduría u os tomará por locos de atar.

Esos pequeños mejoramientos o empeoramientos en la situación proletaria, tienen una significación para las familias obreras y debe ser en efecto ciego, quien no vea estos hechos. Pues al fin el trabajador vive,—incluso el socialista y el revolucionario más radical,—en la sociedad actual, a cuyo mecanismo no puede sustraerse. Su trabajo diario constituye para él en contenido esencial de la vida, la base material de su existencia individual y social, por la cual es más o menos determinada cualquiera otra actividad que ejerza. Por esa razón no puede pasar indiferentemente ante cosas ligadas íntimamente a su existencia personal.

El que sólo sabe hablar a los trabajadores del gran objetivo y además intenta persuadirlos de que toda mejora dentro de la sociedad actual, es inútil para ellos, más aún, es imposible, obra, no obstante su supuesto «radicalismo», como el sacerdote que promete a los hambrientos el reino celestial, para que atraviesen fácilmente por el infierno de su existencia terrestre. ¿Qué otra cosa es la continua alabanza al más hermoso ideal, cuando se olvidan las tareas próximas de la lucha cotidianna y se trata de inspirar a los trabajadores el convencimiento de que esa lucha no tiene valor alguno para ellos?

Si se quiere uno convencer de que hay una diferencia en la situación del proletario, no es siquiera necesario tomar como ejemplo los obreros del período inicial del capitalismo. Basta examinar algo detenidamente las experiencias del proletariado alemán durante los últimos años y compararlas con su situación antes de la guerra. Se podrían llenar con ese material libros enteros, pero algunos ejemplos bastan para nuestro fin.

UNA ESTADÍSTICA SIGNIFICATIVA

Hace unos meses apareció un trabajo de Fritz Reutter, que trata de las posibilidades de la exportación de la industria alemana de las máquinas. En esa obrita se encuentran también algunos cuadros estadísticos de los salarios pagados durante los últimos años en la industria metalúrgica alemana e inglesa. Tras esos secos números se oculta la tragedia sin ejemplo de la clase obrera alemana después de la guerra. Antes de la guerra, el sueldo mínimo del metalúrgico alemán, llegaba a 70 peniques aproximadamente por hora, mientras que el metalúrgico inglés, ganaba 83, es decir, alrededor de un 20 por ciento más de salario que su colega de Alemania.

Cuál fué esa proporción posteriormente, nos lo demuestra, el cuadro siguiente en el cual se dan en columnas separadas, el salario en peniques por hora que ganaban en Alemania e Inglaterra, respectivamente, los obreros de esos países que se indican y la porción en por ciento que esos salarios tienen con el que disfrutaron antes de la guerra:

ALEMANIA

1922.	30 de enero	25	37
	6 de marzo	18.4	26
	1 de mayo	29.15	41.5
	31 de julio	17.73	25.4
	23 de octubre	11.2	16
	20 de noviembre	9.5	13.55
	4 de diciembre	13.5	19.6
1923.	29 de enero	8.2	11.7
	5 de marzo	25.4	36.5
	14 de mayo	14	20
	4 de junio	9.6	13.7
	2 de julio	22.86	32.7
	24 de septiembre . . .	52.63	75.2
	1 de octubre	35.7	51
	5 de noviembre . . .	52	74.3
	31 de diciembre	48	68.5
1924.	14 de enero	48	68.5

INGLATERRA

1922.	30 de enero	137	165
	6 de marzo	139	168
	1 de mayo	136	164
	31 de julio	138	166
	23 de octubre	133	160
	20 de noviembre	136	164
	4 de diciembre	139	168
1923.	29 de enero	141	170
	5 de marzo	141	170
	14 de mayo	134	161.5
	4 de junio	131	158
	2 de julio	132	159
	24 de septiembre	134	161.5
	1 de octubre	135	163
	5 de noviembre	134	161 5
	31 de diciembre	131	158
1924.	14 de enero	131	158

Mientras que el salario de un metalúrgico inglés antes de la guerra era aproximadamente un 20 por ciento superior al de su colega de oficio alemán, hoy gana casi tres veces más. Pero durante el período de inflación llegó a menudo a ganar diez y quince veces más que el metalúrgico alemán. ¡Afírmese ahora que no hay ninguna diferencia en la situación de los trabajadores!

En la industria del carbón, la diferencia no es tan formidable, sin embargo es bastante alarmante. Según los últimos cálculos estadísticos, el sueldo mínimo del minero inglés en una jornada de siete horas es algo inferior a siete chelines diarios. Eso es más o menos el doble del salario que recibe un minero alemán. Idéntica es la proporción en muchas otras industrias. La situación general del obrero alemán, pues, ha empeorado indudablemente en una medida espantosa. Téngase además en cuenta que los precios de los artículos alimenticios más necesarios superan con mucho a los de antes de la guerra, pero los objetos de uso diario, como por ejemplo, vestidos, zapatos, ropa interior, etc., se han vuelto casi inaccesibles; con eso el cuadro de la situación del obrero alemán se vuelve más desconsolador. Adviértase aún que la renta popular está recargada mediante impuestos, tributos y derechos aduaneros con un 46 por ciento por cabeza de población, mientras que ese recargo en Francia, es sólo de 22 o|o y en Inglaterra de 18 o|o; pero las clases propietarias no menosprecian ningún medio para hacer recaer sobre las espaldas del pueblo laborioso, esa carga; así se comprenderá justamente el calvario de la clase obrera alemana, desde la terminación de la guerra.

EL EJEMPLO DE ALEMANIA Y LA LEY DE BRONCE DE LOS SALARIOS

Hasta los tardíos defensores de la ley lasalleana del salario, podrán ver con un poco de buena voluntad, que el problema de la situación de los trabajadores no es tan insignificante como creen y que aquella supuesta «ley,» carece de todo fundamento profundo.

No olvidemos además que ese hundimiento monstruoso de la situación del proletariado tuvo lugar en un tiempo en que la gran industria alemana, bajo la dirección de Stinnes, se embolsaba fabulosas ganancias, y nuestros grandes latifundistas hacían morir de hambre al pueblo alemán «con los graneros llenos». Pero al mismo tiempo la sabiduría de los jefes socialdemócratas y las lumbreras de los sindicatos reformistas, trataron de persuadir a los trabajadores de que tras una guerra perdida, debían abstenerse de exigir más elevados salarios si no querían arruinar completamente la vida económica del país y los trabajadores fueron bastante torpes para dejarse dominar por esas insinuaciones, mientras que los capitalistas, los agrarios y los especuladores de la bolsa, se llenaban los bolsillos. Esos señores no fueron detenidos por tales escrúpulos; no pensaron satisfacerse con pequeñas ganancias después de la pérdida de la guerra, sino que arrebataron todo lo que podía ser apropiado, mientras que las vastas masas de la población laboriosa apenas podían mantenerse con pan seco y patatas. Ninguno de esos parásitos tuvo la ocurrencia de pararse a pensar que su voracidad desenfrenada entregaba a todo un pueblo, sin salvación, a la ruina.

Lo cierto es que una gran parte de los precios actuales, que no están en proporción alguna con el término medio de los salarios, no se explican de ninguna manera por causas económicas, sino sólo por causas psicológicas. En tiempos normales se contenta el capitalista y el comerciante, con una cierta ganancia, cuya altura es, por lo general, regulada por la concurrencia recíproca. De ese modo se desarrolla hasta una cierta ética entre los comerciantes, que sabe separar bien un negocio decente de la usura directa. Pero en la época posterior a la guerra y en particular en el período llamado de inflación, fueron quebrantados todos los conceptos éticos y toda moderación natural. El *laisser faire, laissez aller* de los poseedores, se perdió en el infinito. Todo capitalista, todo comerciante, se convirtió simultáneamente en especulador, sobre la miseria sin límites de su propio pueblo y se embolsó beneficios que no se había atrevido a soñar antes. El robo descarado celebró su triunfo en Alemania, el cambalachero ocupó el puesto del comerciante de los años pasados. No es de extrañar que muchos de esos señores se les haga hoy cuesta arriba acomodarse al período de la llamada estabilidad. Los precios presentan elocuente testimonio de ello.

Por lo que se refiere ahora a la afirmación de que todo aumento de los salarios debe provocar inevitablemente un aumento de los precios, de que el capitalista roba con una mano del bolsillo del consumidor, lo que paga de más con la otra al productor—una afirmación muy corriente hoy en los círculos llamados «radicales», es tan errónea como la «ley de bronce del salario». Fué Marx mismo en persona, citado por muchos «radicales», el que ha demostrado convincentemente la insuficiencia y falsedad de esa afirmación. En esa conocida conferencia en el consejo general de la Internacional (1865), desmenuzó tan profundamente las opiniones del owenista Weston, que defendió aquel punto de vista, que no quedó más nada de ellas.

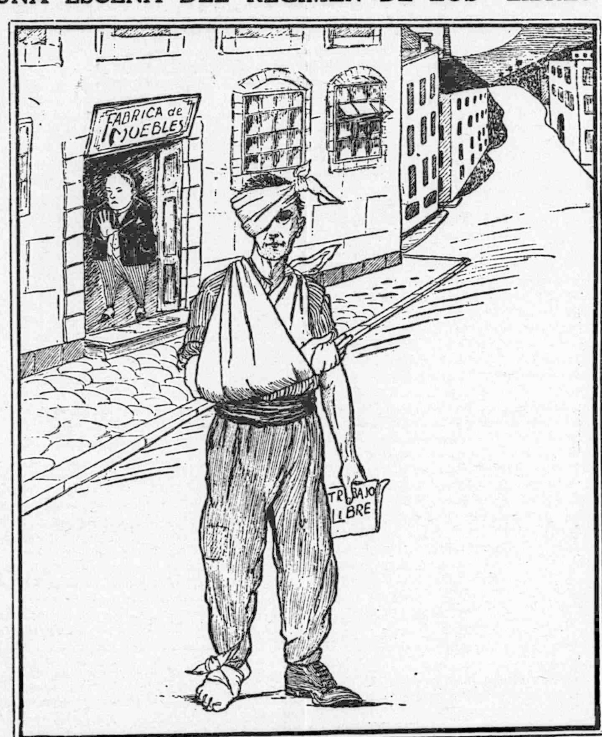
En efecto, aquella afirmación podría pretender a una cierta veracidad tan sólo cuando, como dice Marx, pudiera demostrar: 1º «que la cantidad de la producción general es algo fijo, una cantidad o un tamaño estable, como diría el matemático; 2º que el salario real, es decir, el salario medio en la cantidad de objetos de

---

cho, a excepción de algunos sindicatos—entre ellos el nuestro—que han formulado declaraciones manifiestamente hostiles hacia el representante de la Oficina Internacional del Trabajo.

G.

UNA ESCENA DEL RÉGIMEN DE LOS "LIBRES"



El patrón:—No lo necesito más. Procure curarse del accidente sufrido en el trabajo, y quizá después, si lo necesito, conversaremos.

consumo que se puede comprar con él, es fijo, es un valor estable.»

En ese caso al menos se podría hallar comprensible la afirmación. Pero sabemos que la producción general aumenta sin cesar y que sólo por ese hecho se ofrece a los capitalistas la posibilidad de nivelar nuevamente los aumentos de salarios, sin estar obligados a recurrir a un aumento de los precios.

Si fuese, en efecto, un hecho económico que un aumento de los salarios tendría por consecuencia necesariamente un aumento de los precios, en base a esa circunstancia sería imposible un cambio en la situación proletaria. Pero en ese caso, el moderno obrero debería vivir en las mismas condiciones que su predecesor del período inicial del capitalismo. Y puesto que, como hemos dicho ya, únicamente puede tener lugar una evolución de las necesidades morales y espirituales cuando son posibilitadas por la situación material de la vida, todos esos fenómenos que podemos percibir hoy a cada paso en el movimiento obrero, se reduciría na simples ilusiones ópticas. Entonces habrían sido vanas las innumerables luchas del proletariado contra el capitalismo para conseguir un mejoramiento de su situación. Pero entonces también los ensayos del capitalismo para disminuir en aeda ocasión propicia los salarios, habrían sido inútiles y no habrían tenido razón de ser, pues no podrían cambiar nada en el estado de cosas. Pero por lo menos hay que atribuir tanta pehspicacia a los capitalistas, como para que no provoquen inútilmente otras cosas contra las cuales deben del capitalismo para desminuir en cada ocasión y que llevan a una continua conmoción de la vida social de ningún modo deseada por el capitalista. Tal procedimiento no sólo sería torpe, sería la más clara locura.

Es absurdo suponer que el capitalista sería capaz en todo momento de proceder a un aumento de los precios, en cuando los salarios se inclinasen algo de parte de los trabajadores. En la determinación de los precios tienen un papel factores totalmente distintos, y el capitalismo no puede seguir simplemente en este concepto su volutad, sino que está más bien ligado a ciertas condiciones que no puede modificar arbitrariamente y que le son impuestas directamente en muchos casos por la concurrencia. Si no fuera así, como dice justamente Marx: «entonces sería la alza y la baja, la incesante modificación de los precios del mercado, un enigma insoluble».

Llevaría muy lejos el exámen de las relaciones entre salarios y precios, y además el objeto de este escrito es otro. Pero el que se interese por ese asuto, que lea el folleto de Marx (*Precios, salarios y ganancias*) que trata este problema de una manera acabada. Toda la afirmación de que el aumento de salarios tiene que tener forzosamente por consecuencia un aumento de los precios, no es más que una manifestación, como muchas otras «leyes» económicas que sólo han contribuído a sembrar la confusión entre los trabajadores y a extraviarlos.

Es tal vez posible que los aumentos de salarios puedan implicar un aumento de precios, pero también puede tener lugar lo contrario, como ha señalado Marx excelentemente en una serie de ejemplos en que aumentos de salarios y disminución de precios ocurrieron simultáneamente. Pero que el caso opuesto puede existir también, lo hemos experimentado en Alemania suficientemente en los últimos años. Pues aunque los salarios en Alemania están lejos de haber llegado a la altura de los de antes de la guerra, los precios han sufrido la operación opuesta. Pero si la afirmación de que un aumento de los salarios tiene automáticamente por consecuencia un aumento de los precios fuera exacta, con la misma lógica, entonces, una diminución de los salarios tendría por consecuencia también una diminución de los precios. La situación actual en Alemania es la mejor demostración de que no es así.

RODOLFO ROCKER

EL PROGRESO INDUSTRIAL Y LA ACCION OBRERA

Una de las características que distinguen al industrialismo capitalista moderno, es el creciente adelanto en lo que respecta a los métodos de producción.

Los más sorprendentes descubrimientos e invenciones en todas las ramas de la ciencia, son utilizados en la industria a los fines de lograr un mayor perfeccionamiento en el sistema de producción.

En tal sentido, los ventajosos resultados obtenidos denotan incesantes y evidentes progresos en el proceso de la producción.

Tales progresos se manifiestan en toda su esplendidez con los modernos métodos de simplificación del trabajo, a lo que contribuye en sumo grado la perfección de la maquinaria.

Un cultor de la ciencia llamó a este siglo «el siglo de la mecánica», vaticinando grandes sorpresas al mundo, y a fe que los hechos nos están demostrando que el vaticinio se está cumpliendo.

La diferencia existente entre las rudimentarias formas de producción de antaño y los modernos sistemas, determinados por el adelanto científico, son evidentemente notables.

Tal hecho es digno de la admiración y el elogio general y es lógico que así sea, dado a que él es un reconocimiento a la demostración elocuente de la evolución operada en el desarrollo de las facultades creadoras inherentes a la inteligencia humana.

Cuando se habla de la ciencia en ciertos círculos intelectuales y académicos, se repite frecuentemente que: «La ciencia es de la humanidad y para la humanidad.» Con estos términos se quiere significar que la ciencia sigue un curso evolutivo a impulso de las necesidades de la humanidad, y, en consecuencia, sus descubrimientos y especulaciones están destinados a satisfacer esas necesidades.

La realidad, empero, nos demuestra que con tales declaraciones se mixtifica, tratándose de ocultar una verdad que salta a la vista a poco que se observen algunos hechos que procuraremos puntualizar, y de los cuales debemos nosotros, los trabajadores, sacar aleccionadoras consecuencias.

Es un hecho innegable el contraste que ofrece el progreso industrial en lo que respecta a los beneficios que de él se derivan. En el actual régimen capitalista se observa, y muy especialmente en el campo de la producción, que el axioma de «La ciencia y el progreso para la humanidad», dista mucho de ser consagrado prácticamente.

En efecto, el aceleramiento de la producción, la simplificación del sistema de trabajo determinado por los adelantos científicos y los progresos de la mecánica, favorecen y benefician exclusivamente al capitalismo, devilegio y dominación les permite aprovechar.

El perfeccionamiento técnico se traduce para los capitalistas en un mayor margen de ganancias determinadas por un sinnúmero de circunstancias favorables que su situación de privilegio y dominación le permite aprovechar.

En su condición de administrador y director absoluto de la economía social, el capitalismo posee todos los medios necesarios para la realización de toda clase de especulaciones en la elaboración y distribución de productos.

De tales especulaciones obtiene un acrecentamiento de sus beneficios mediante el mayor rendimiento y la disminución del costo de los productos de consumo.

Las consecuencias inmediatas de la especulación del capitalismo, favorecidas siempre por el progreso técnico industrial, son la situación de extrema miseria que soportan los trabajadores, obligados a privarse de gran parte de los elementos necesarios para su subsistencia, a pesar de la superabundancia de productos, aumentada en virtud del aceleramiento de la producción.

Pero la ventaja más importante y esencial que el progreso industrial reporta al capitalismo, es la existencia permanente de un considerable porcentaje de trabajadores disponibles para la explotación. Las estadísticas, a este respecto, son bien elocuentes.

En los países donde el industrialismo ha adquirido mayor incremento y los métodos de producción son más adelantados como en Inglaterra o Estados Unidos, aumenta constantemente el número de trabajadores desocupados, habiendo adquirido esa situación en la actualidad caracteres de tal magnitud, que han sido motivo de alguna alarma para los gobiernos de esos países.

En cambio, en los países en que la forma de producción es aún rudimentaria y el adelanto técnico no ha adquirido gran desarrollo, el porcentaje de obreros desocupados se mantiene estacionario y si aumenta, es en forma poco perceptible.

De estos hechos sacamos en conclusión que los beneficios resultantes del adelanto técnico y los nuevos sistemas de producción son monopolizados por el capitalismo, y en consecuencia no reportan ventaja alguna a los trabajadores. Antes por el contrario, éstos son perjudicados doblemente en su condición de productores y consumidores.

Como productores, porque la simplificación de los métodos de trabajo y el adelanto en lo concerniente a la maquinaria, traen como consecuencia los períodos de desocupación.

Como consumidores, porque están a su vez en situación de desventaja ante las maquinaciones y especulaciones que realizan los capitalistas a los efectos de acrecentar sus ganancias.

Encuéntranse pues el proletariado en la paradojal situación de que siendo el principal propulsor del progreso, es a su vez su único perjudicado.

Esta situación de deprimente arbitrariedad para los trabajadores perurará y aun se agravará, indudablemente, mientras éstos no se dispongan a asimilar las enseñanzas que los hechos reportan y procedan a realizar la acción indispensable a los fines de darle término.

las condiciones de eficiencia para obtener los trabajadores tienen a su alcance los medios que en su esencia y naturaleza reunen todas las condiciones de eficiencia para obtener las más positivos y seguros resultados.

Esos medios radican en la unión y solidaridad de su fuerza orgánicamente disciplinada.

Es conveniente para ello que la necesidad y urgencia de resolver el problema de orden inmediato que plantea el progreso industrial, sean comprendidos por los trabajadores.

De la comprensión exacta del problema en cuestión, depende el que sea encarado en su verdadero aspecto.

Es necesario que los trabajadores comprendan que si el progreso de la ciencia y el adelanto técnico en la industria aporta beneficios de todo orden, estos no deben reducirse a una simple cuestión de mayor ganancia para el capitalismo sino que debe extender su utilidad a la clase que produce y propulsa ese mismo progreso.

Uno de los beneficios a que nos referimos y que deben procurárselo los trabajadores valiéndose para ello de los medios que les son propios, es la reducción de la jornada de trabajo.

La acción inteligente que en tal sentido se realizara demostraría prácticamente que los trabajadores interpretan y avaloran en todo su alcance los beneficios del progreso y saben obrar en concordancia con los derechos que les asiste como usufructuarios.

Encarado el asunto bajo esta face ello no implica el que se deba olvidar el propósito primordial a que obedece la organización de los trabajadores y que consiste en la abolición del sistema de explotación capitalista, causa del asisten.

Se trata por el contrario de aminorar y atenuar los efectos, para facilitar la acción tendiente a combatir la única causa que los genera o sea la desigualdad económica.

Con la disminución de la jornada conseguiríamos los trabajadores colocarnos en condiciones ventajosas para proseguir contra el capitalismo, aprestándonos para nuevas acciones de conquistas.

A. SILVEYRA.

El paraíso de la burocracia sindical

Desde que se intentó presentar las cosas rusas como un modelo de perfección, no faltó quien hiciera notar que la llamada organización sindical rusa estaba dirigida a semejanza de la Federación Americana del Trabajo, tan detestada por los bolchevizantes, por un enjambre de burócratas y que—como lo evidenciaba el ejemplo de «La Fraternidad»—ello era una consecuencia fatal del centralismo. Esa afirmación escandalizó a todos aquellos que se pagaban de palabras y que, en su ingenuidad, lo que menos sospechaban era esta amarga realidad: que la organización sindical rusa se asemeja a las organizaciones más conservadoras, como lo son, sin duda, la famosa organización que fué de Gompers y la que tuvo a su frente a Américo J. Baliño.

Hoy se puede demostrar que la similitud entre las organizaciones rusas y las dos citadas es mucho más profunda y completa de lo que se dijo. Los sindicatos rusos, no sólo por su táctica y estructura se asemejan a nuestra vieja organización del personal de locomotoras, sino también en su administración inmoral y desquiciada. Los funcionarios sindicales de Rusia, por sus procedimientos, se parecen también a los ya tristemente famosos de «La Fraternidad».

He aquí una nota ilustrativa que habla elocuentemente sobre el particular, y que tomamos de la prensa sindical europea recientemente recibida:

¡De ocho a diez funcionarios sindicales por cada mil trabajadores!

El órgano de la Confederación General del Trabajo Belga publica una nota respecto al salario y a la producción de los mineros en Rusia. En esa publicación se hacen referencias, además, a las finanzas de la organización de los mineros rusos. Las causas de la pésima situación financiera están señaladas en el «Troud» del 5 de marzo del año en curso, que afirma que gran parte de las entradas las absorben los funcionarios. La proporción de éstos de 8,3 se elevó a 8,6 por mil obreros, y en la región de los Urales dicha proporción alcanza a 10,7. El órgano oficial de los sindicatos, al señalar esas condiciones, observa: «parece que la parte de las cuotas individuales que se remiten a los comités centrales sólo sirve para pagar los funcionarios, a la tesorización y aperturas de cuentas corrientes en los bancos. Hay todavía algo más grave: hay robos, malversaciones y fraudes. Y ello es debido al deficiente contralor y a la falta de tesoreros responsables.» El «Trud», de fecha 17 de febrero, hace hablar al presidente del Consejo Central de los Sindicatos en estos términos. «Tales abusos son peligrosos, no sólo porque tienden a generalizarse, sino también por los agentes responsables, que no los toman en serio cuando no los disimulan y cierran, complacientes, los ojos.»

Hasta aquí la noticia sobre la burocracia sindical rusa y sus procedimientos.

Si en nuestras organizaciones se introdujese el mismo porcentaje de funcionarios, la U. S. A. por ejemplo,, debería contar con unos 180, calculando que tiene 20.000 afiliados cotizantes, y el Sindicato de la Industria del Mueble debería tener cerca de 30.

Y a este número crecido de funcionarios habría que unir la idea—de seguir la moral sindical de que habla el *Troud*—de las defraudaciones y otras «evaporaciones» de distinta especie por su forma.

Los tres porotos que nos pertenecen

Desde que hemos sido provocados por el diarito bolchevique a sostener con él una semi discusión, no obstante nuestra desventaja—consistente en no poder ocuparnos más de una vez al mes de las muchas que en el mismo período de tiempo se ocupa él de nosotros —hemos sacado en limpio algunos hechos notables, que vienen a ser los porotos que nos hemos ganado en esta partida.

Y, antes de proseguir, vamos a destacarlos.

Primer poroto: En la redacción del diario bolchevique intervienen carneros de celebridad.

Segundo poroto: El diario bolchevique es impreso en un establecimiento que escapa al contralor de la Federación Gráfica, debido a que su personal es «libre»; vale decir: no «federado». Condición común a los elementos reclutados por la Asociación del Trabajo para romper las huelgas.

Tercer poroto: El diario bolchevique es chantagista.

Acerca del primer poroto no tenemos que

UNION SINDICAL ARGENTINA

BOICOT

A LAS PUBLICACIONES DE LA EDITORIAL **ATLANTIDA: PARA TI, BILLIKEN Y ATLANTIDA.**

A LOS SURTIDORES DE NAFTA Y ALCOHOLES DE **GUILLERMO PADILLA.**

A LOS VINOS **PIEMONTESA, EL TUMBADOR, PISTOLA, VARACHIN, S. A. Y CIA. Y AGRELO,** DEL BODEGUERO MACEDONIO VARACHIN.

A LA CAL DE LAS CANTERAS DE **SAN LLORENTI,** EN SAN JOSÉ DE LA TINTA (BARKER).

A LOS PRODUCTOS DE LA CANTERA **LOMA NEGRA,** (OLAVARRÍA), DE A. FORTABAT y HNOS.

dar, por el momento, ninguna clase de explicación. Pero del segundo sí, y lo vamos a hacer a favor del acrecentamiento de los méritos del colega comunista.

Imprimir el diario en una imprenta en las condiciones señaladas tiene extraordinaria importancia en este caso, ya que se trata de los mismos elementos que, siendo directores de la Federación Gráfica, señalaron a la sazón como un hecho vituperable el que los ex Sindicatos Ferroviarios de Tráfico y Talleres confeccionasen su órgano en un taller con personal no sindicado.

Por el contraste que el colega nos ofrece entre la conducta de entonces y la de ahora, nos damos perfecta cuenta de la índole de su moral.

Ahora una breve explicación acerca del tercer poroto.

No hace mucho que en la opinión del diarito bolchevique, «Crítica» era el diario más burgués, más chantagista, el más repelente, en una palabra. Mandar a él comunicados oficiales de los sindicatos significaba una grave afrenta al honor proletario. Escribir en él constituía un crimen, casi una traición a los sagrados intereses de nuestra clase. ¡Era de ver lo que dijo en una ocasión en que el diario vespertino coincidió en su opinión—pretendiendo además sugerir orientaciones—con una actitud de la clase trabajadora!

De repente «Crítica» dejó de ser para el diario bolchevique el órgano sarnoso, apestado

¿Qué había ocurrido?

«Crítica» seguía siendo en el concepto general el diario de siempre, aquel que dijera del concejal comunista que si no se había vendido debíase al hecho de que nadie había pensado en comprarlo, y que desde el punto de vista higiénico era un lagañoso.

Pues había ocurrido que «Crítica» adquirió del órgano bolchevique la honradez que le faltaba mediante la incorporación del director de éste a su redacción. Logrado que hubo al diarito bolchevique los garbanzos del chantagismo para su director, «Crítica» pasó a ser el mejor diario del mundo. Y desde entonces, el remitir a ese diario informes oficiales del movimiento obrero es propio de personas honorables e inteligentes; prestarse a reportajes en beneficio de ese diario es difundir enseñanzas revolucionarias; y colaborar en sus columnas implica la distinción de buen bolchevique. Digamos, sin embargo, en honor a la verdad, que las colaboraciones personales nunca fueron cotizadas por la administración del diario rehabilitado en la opinión comunista por el medio indicado; pero bien es cierto que todas ellas, no valían nada.

Hay en el idioma un término que define el proceso de las relaciones del órgano comunista con el diario «Crítica»: «chantage».

Aclarados los primeros resultados de esta discusión con el diarito comunista—¡y que nos vengan ahora ciertos pesimistas con eso de que de la discusión no sale la luz!—prosigamos con la misma.

El ingenio de nuestro contrincante es un tanto precario. Por eso en las cinco o seis veces que en el curso del mes se ocupó de *Acción Obrera* no hizo sino repetir lo que ya hemos contestado por tener atingencia con la misión de esta hoja. No obstante, de pasada desliza una afirmación que nos apresuramos a recoger. Se trataría de una queja del Sindicato de Galponistas al Comité Central de la U. S. A., por la orientación de este periódico.

Por provenir de semejante fuente—la prensa comunista logró acreditarse como un admirable tejido de embustes—ponemos en cuarentena la supuesta queja. Y aparte la índole del denunciante, por la naturaleza de las relaciones entre los Sindicatos de la U. S. A.

Así como nuestro Sindicato no pretende de los otros que redacten los periódicos a su gusto, pensamos que al de los Galponistas no se le habrá ocurrido semejante pretensión con el nuestro.

Dudamos, por otro motivo, deesa versión. Porque siendo exacta, el Comité de la U. S. A. que dicen que la recibió, no la ocultaría a nuestro Sindicato para comunicárselo al diario bolchevique. Sería suponer—y a ello no tenemos derecho—que el Comité de nuestra institución central es un instrumento y un alcahuete de los partidos políticos, porque informaría a éstos de hechos que oculta a las organizaciones sindicales, y que son de interés exclusivo de éstas.

Pero, en el peor de los casos, no sería con el diarito comunista que discutiríamos los disgustos de los sindicatos por nuestra acción. Para esta cosas nos bastamos nosotros los trabajadores y todavía nos sobramos.

Con el diarito bolchevique sólo conversaremos de aquello que en nuestra conducta pueda ser motivo de escozor para él. Y puede darse por muy contento, puesto que se le da una pelota que no merece.

No admitimos tales personeros de sindicatos obreros en nuestras relaciones con éstos.

Conque a otro lado con ese hueso, que aquí no hay perros.

A.

Las organizaciones obreras

A partir del momento en que la fuerza individual, en el trabajo, es suplantada por la fuerza colectiva y que se impone la defensa de todos los asalariados, es cuando comunmente en la historia del movimiento obrero, vemos fundarse las organizaciones obreras.

Estas organizaciones surgieron en los diversos oficios, aun antes del desarrollo del maquinismo moderno, en todos los lugares donde un capital considerable era necesario, lo mismo en donde la división del trabajo reunía en un mismo sitio un número más o menos grande de obreros.

El nacimiento de la industria moderna, el gran comercio y agricultura convirtieron el fenómeno particular en fenómeno general, y crearon, con el proletariado internacional como base de la vida social, una resistencia permanente e internacional, por obra de los obreros organizados contra sus explotadores.

El fin que persigue el movimiento obrero moderno, fué fijado en su propia organización.

La reunión de los productores que se encontraban separados de la tierra y de los instrumentos de trabajo fué el gran motivo que dió origen a éste movimiento histórico. Sustraer el suelo y los instrumentos de trabajo del dominio de los propietarios y capitalistas para entregarlos a los productores, haciendo de éste modo que la producción y la distribución de la riqueza sea hecha por los obreros organizados, es el fin del movimiento obrero de nuestros días.

En este punto se presentan dos soluciones opuestas: la solución capitalista y la solución proletaria.

Nunca vimos formular la solución capitalista con tanto cinismo y desfachatez, como por un noretamericano partidario de la esclavitud, cuando decía: «La verdadera solución del conflicto entre capital y trabajo, es que el capital sea el dueño del obrero, ya sea éste negro o blanco». Frente a esta solución, se presenta la solución obrera que formula de una manera igualmente categórica: «la verdadera solución del conflicto entre capital y trabajo es que los trabajadores, negros o blancos, posean en común el capital.»

Cada una de estas dos soluciones representa uno de los dos grandes poderes que en todos los países con desarrollo capitalista se disputan la victoria en la lucha de clases. En esta lucha empeñada internacionalmente, entre proletariado y capitalismo, entre desposeídos y poseedores, no es solamente el término final fijado con anticipación sino también el camino que nos debe conducir a ese fin. Los capitalistas pueden decir: «es a nosotros a quienes pertenecen fábricas y talleres, máquinas e instrumentos y negocios, la tierra, las minas y los puertos. Y en cuanto a vosotros, los que nada poseéis, si queréis trabajar nada podéis hacer sin nuestro permiso y sin que os pongáis a nuestro servicio.»

Pero, frente al poderío de los capitalistas, y de los que así se expresan, se levanta la fuerza de los obreros que saben proceder solidariamente en materia de organización y a su vez pueden responder de esta manera: ¿Debe ser así? ¿Vosotros, capitalistas y propietarios, tenéis razón? Es verdad que la tierra y los instrumentos de trabajo, todo lo que es necesario para obtener lo que se precisa para el bienestar material está en vuestras manos. Somos esclavos vuestros, esclavos del trabajo, obligados cada vez más a vendernos a vosotros, Tenéis para obligarnos a serviros, la fuerza de la legislación con toda su severidad, una legislación que para nada os serviría si no dispusiérais de soldados, cañones y fusiles; del mismo modo vuestras fuerzas judiciales y policiales para suprimir cualquier tentativa de resistencia.

Ese poder brutal conque podéis mantener actualmente vuestro régimen de opresión, ha de acabar algún día, puesto que solo subsiste debido a nuestra ignorancia, a nuestra cobardía y a la facilidad conque nos dividimos combatiéndonos los unos a los otros. Pero tiempo vendrá en que las cosas han de pasar de otro modo.

Contra vuestra fuerza tiránica, ya hoy se levanta otra potencia que no podéis intimidar con las armas, ni con las prisiones, porque los hombres armados a quienes confiáis la vigilancia de vuestros intereses, no saben ni pueden reemplazaros en el trabajo.

Nuestros brazos os hacen falta para que acumulen riqueza. Si esos brazos son inspirados por nuestra concepción revolucionaria, ejecutaremos el trabajo en otra condición y os tendréis que someter a nuestra voluntad.

En un próximo futuro, veréis que seremos nosotros los que mandaremos en el trabajo, pasando por nuestra voluntad a la comunidad, la tierra y los instrumentos de trabajo.

Analizando estas dos fuerzas, la del capital y la propiedad privada y la del trabajo, que se encuentran frente a frente, es forzoso reconocer que la fuerza del trabajo, tiene la gran ventaja en esta lucha de clases, de ser la gran fuerza vivificadora e indispensable para la vida de los hombres. A medida que los trabajadores aprenden a entenderse entre sí encontrarán, cada vez más, los medios para tomar en sus manos la dirección de la vida scoial. Medios directos, negándose a trabajar, medios indirectos, cesando de proveer a los gobiernos de instrumentos de agresión: soldados, policías y prisiones.

En los libros de los economistas burgueses está escrito a cada paso, que para la producción de todas las riquezas son indispensables tres factores sociales: tierra, capital y trabajo.

Es por eso—dicen los economistas burgueses, que siempre tienen en cuenta los intereses de su propia clase—que una parte de todos los productos el trabajo social pertenece a los dueños del capital, mientras que una tercera parte le corresponde a todos aquellos que representan en conjunto el tercer factor del trabajo social necesario, esto es, a los trabajadores.

Saben muy bien los economistas que si la tierra es un factor indispensable para la producción, no acontece lo mismo con los «dueños» de esa tierra, que en su calidad de propietarios no son ni indispensables, ni hacen falta.

Lo mismo ocurre con el capital. Sólo las máquinas y demás instrumentos—combinación anterior de la naturaleza y el trabajo—deben ser considerados como rigurosamente necesarios para la producción. ¿Acaso impiden a los trabajadores que hagan del capital social un uso más productivo?

Con el trabajo, es distinto. Aceptado que el trabajo es indispensable para la producción, nadie podrá pretender que no sean, también indispensables, los «trabajadores», porque éstos son quienes poseen la fuerza del trabajo.

Si los capitalistas y dueños de la tierra son inútiles en su calidad de poseedores, si ellos cada vez más impiden la buena marcha de la producción, igual cosa no sucede con la clase obrera, puesto que es la única clase realmente necesaria, la que sostiene la vida social.

Teniendo en cuenta esta verdad indiscutible, podemos estar seguros que en la lucha de clases que caracteriza la sociedad moderna, la clase obrera será la clase vencedora.

CRISTIÁN CORNELISSEN.

LA PRIMERA HUELGA

La plebe de Roma estaba cansada de trabajar para exclusivo provecho de los patricios dedicados a consumir lo que el esfuerzo de los demás producía.

Un día abandonaron todos la ciudad y se retiraron al Monte Sacro, que servía de Casa del Pueblo en aquellos tiempos en que aún no se habían inventado estas instituciones.

Fué la primera huelga general.

Los patricios quedaron en la ciudad aterrados ¿Qué hacer?

La primera idea que a todos se ofreció fue, naturalmente, vencer a los rebeldes con la fuerza. Pero bastaba echar una ojeada a la situación para abandonar tal propósito. Los patricios tenían armas; pero los proletarios tenían músculos. Aquellos tenían el prestigio social; pero éstos el número. Aquéllos, orgullosos, despreciativos; éstos, desesperados, cansados de sufrir, resueltos a mejorar su condición o a morir. Verdaderamente, la lucha no prometía la victoria a los señores.

Un astuto senador propuso que se tratase con los rebeldes y reconducirlos a la obediencia por la persuación. Fué aclamado.

Era este senador el viejo caballero Menenio Agripa, tan buen diplomático como soldado, tan hábil como valeroso; inmediatamente se llegó hasta los plebeyos, que le acogieron con un silencio hostil.

Ofrecíase sonriente, con aspecto bonachón, con palabra tranquila. Les saludó con la mano y les dijo:

—Escuchadme, queridos amigos: habéis hecho una verdadera niñada. Os quejáis de ser solos en el trabajo, mientras nosotros disfrutamos; pues bien, yo quiero contaros una fabulita:

« Una vez, los cuatro miembros se resolvieron contra el estómago.

—¡Qué!—se dijeron.—Nosotros trabajamos, nos fatigamos, y solamente el estómago disfruta. ¿Es justo esto? ¿Por qué ha de ser él quien únicamente goce de las cosas buenas, y nosotros nos quedemos sin nada de cuanto le procuramos? Esto debe acabar.—Y los cuatro miembros se declararon en huelga, no llevando en adelante ningún alimento al estómago, gozándose en hacerle pasar hambre.

Pero su satisfacción duró poco.

El estómago, en verdad, permanecía vacío y sufría; pero los miembros dejaron de recibir el jugo nutritivo elaborado por el estómago, y enflaquecían, se debilitaban, caían flojos e indolentes.

Por fortuna se dieron pronto cuenta de su error, y con la escasa fuerza que aún les quedaba, ya a punto de morir, ofrecieron humildemente alimento al estómago, rogándole que volviese a trabajar para ellos, nutriéndoles como cuando existía buen acuerdo entre él y los miembros.»

El senador calló. Un murmullo de aprobación corrió por las filas de los huelguistas. A media voz decíase en los grupos: «Habla bien el señor, tiene razón.»

Pero un viejo llamado Sannita, de aspecto pálido, por las largas vicisitudes, de mirar triste, avanzó hacia el elegante orador de palabras melosas y dijo con voz que revelaba antiguas cóleras:

—Señor, yo no poseo, como tú, el arte de tejer artificiosamente un discurso, porque soy un pobre trabajador sin instrucción; pero, aun así y todo, voy también a contarte un cuentecillo: « Vivía en cierta ocasión un hermoso y robusto carnero, que hubiera podido ser feliz si no sufriese el tormento de los animales parásitos. Estos perniciosos insectos penetraban en su carne, chupaban su sangre y engordaban monstruosamente a sus expensas. Por mucho tiempo, el carnero sufrió en silencio, pues siempre había vivido alimentando a sus atormentadores, y todos sus camaradas de rebaño se hallaban en las mismas condiciones que él, como si creyesen que las cosas debían suceder así necesariamente. Pero un día en que las picaduras de los parásitos se hicieron demasiado crueles, el pobrecillo, sintiéndose desfallecer de dolor y debilidad, lanzó un balido de rabia y llamó a sus compañeros:

—Amigos—les dijo,—somos demasiado estúpidos dejándonos chupar la sangre y torturar por esos parásitos. Arranquémoslos de nuestros cuerpos.

Súbitamente, los parásitos, alarmadísimos, se pusieron a protestar.

—¡Cómo!—vociferaban.—¿Os rebeláis contra nosotros, ingratos villanos? ¿No comprendéis que formamos parte de vuestro cuerpo, que somos órganos necesarios para vosotros, como as pupilas a los ojos? ¿Habéis visto jamás un carnero sin nosotros? Sin nuestra compañía no podríais vivir. Arrancarnos sería mutilaros. Nosotros...

Pero no pudieron acabar. Ya los carneros habían prendido las repugnantes garrapatas con los dientes, las habían arrancado de su cuerpo ulcerado con sus pezuñas vengadoras. Entonces, hasta los carneros más irracionales comprendieron que semejantes insectos no son más que bichos asquerosos y dañinos que no se debe consentir en llevar encima a ninguna costa.»

Los plebeyos, entusiasmados, alzaron en sus brazos al vieja Sannita.

Menenio Agripa tornó a Roma mortificado, y los patricios se vieron en el trance de aceptar todas las condiciones—modestas por cierto—de los huelguistas conscientes de su fuerza.

MAX NORDAU.

Nombramiento de un nuevo cobrador

Debido a la renuncia presentada por el compañero Montesano del puesto de cobrador del Sindicato, la C. A. ha nombrado al camarada **Francisco Páez**, *para desempeñar dicho cargo.*

Deseamos que los trabajadores sean, en la actual transformación social, los artesanos de su propia felicidad. Que desconfíen de todo aquel que quiera gobernarles, sea cual fuere la máscara en que se presente, porque nada sería tan pueril como romper las cadenas actuales y forjarse inmediatamente otras. Todo gobierno se convierte en amo, y el amo es nuestro enemigo. Es necesario arrancar esta mala hierba a medida que crece: es la obra más urgente del Sindicalismo. No hay, en fin, otra «sociedad futura» deseable que la en que los hombres, libertándose de toda autoridad impuesta y voluntariamente solidarios, se procurarán por sí mismos la mayor suma de libertad.

Mauricio Charnay

Acción Obrera

ÓRGANO OFICIAL DEL SINDICATO O. DE LA INDUSTRIA DEL MUEBLE

Redacción: Rioja 835 — BUENOS AIRES

EL VIAJE DEL CANDIDATO

La marcha de aquel día fué más penosa que la del anterior, pues a los inconvenientes de la víspera hubo que añadir los que ofrecían una capa de nieve de más de media vara de espesor con que se hallaron a las pocas horas de camino, y la que continuaba cayendo. Frecuentemente tenían que apearse los viajeros para descender rápidas pendientes. Entonces, sueltos los caballos y buscando los jinetes los pasos menos inseguros, solían rodar unos y otros, y cada cual por su lado como troncos inertes; lo que no divertía gran cosa a don Simón, aunque hacía reir más de una vez a sus acompañantes.

Estas peripecias y otras análogas duraron tres días; hasta que, vueltos los expedicionarios al llano, encontraron una regular temperatura, mejores caminos y un sol radiante.

En sus diversos altos y paradas, que disponía siempre aquel de los seis caciques más conocedor del terreno electoral que iba a pasarse, no encontró siempre don Simón un albergue tan placentero como el del hidalgo, ni muchos tipos que se le parecieran en la nobleza del carácter. ¡Cuánto abundaban los traficantes en votos y los especuladores en candidaturas!

Durante el largo trayecto de algún punto a otro, departían calurosamente los expedicionarios sobre los azares de la elección, o *discreteaban* los acompañantes de nuestro candidato, o le pintaban muy lisonjero el desenlace de la campaña, con el fin de hacerle el viaje más divertido. Pero ¡ni por esas! don Simón, nuevo en el oficio, hallaba a cada trámite casos y cosas que le aburrían quizá, más que las dificultades materiales del camino.

Tenía encargo especial de su estado mayor de saludar cortésmente a todo viandante que se cruzara con ellos; así lo hacía el santo varón, por aquello de que «donde menos se piensa, se adquiere un voto.»

Una vez se le decía al pasar punto a una choza miserable y solitaria:

—Es preciso que haga usted una visita a la persona que ahí vive.

—¡Pero si no la conozco, hombre de Dios, ni aunque la conociera valdría el trabajo de detenernos!—observaba don Simón con repugnancia.

—Déjese usted de remilgos, don Simón, y considere que esta choza, entre padre, hijos y allegados, vale más de cinco votos.

¡Y allí tenían ustedes a todo un capitalista, cargado de oro y diamantes, apeándose entre puercos, terneros y mastines, descubriéndose humildísimo, dando la mano y preguntando por la *señora* y demás familia, a un rústico destripaterrones que olía a boñiga y aguardiente, y apenas se dignaba responder como sabía a tantas deferencias, no obstante haberle sido presentado el candidato con los títulos consabidos de «persona independiente con treinta mil duros de renta y mucho talento».

—Otra vez se encontraba en el camino con un par de reses y su conductor.

—Es preciso—se le decía entonces—que pondere usted mucho y muy recio a esos animales.

—¿Para qué?—preguntaba asombrado don Simón.

—Para que lo oiga el que va con ellos.

—¿Y qué tengo que ver con él?

—¡Friolera!... ¡Es un elector!

—¡Aunque sea el preste Juan de las Indias! ¡Yo no hago esas tonterías!

—El que quiere algo, señor don Simón, algo tiene que sufrir.

—Ya, ya; ¡pero hay cosas!...

—¡Mire usted que cada uno de nosotros es viejo en el oficio; y cuando le aconsejamos algo, con su cuenta va!

Y el soplado personaje, que se sentía dominado por aquellos seis diablillos en cuanto se relacionara con su empresa electoral, no tenía más remedio que parar su caballo cuando se le acercaban los animales, fijarse en ellos y comenzar a gritar como un energúmeno:

—¡Oh...! ¡Magnífico! ¡Qué gallardía! ¡Qué cuarto trasero ¡Qué anchos! ¡Soberbia raza! ¿Son de usted, buen hombre?—preguntaba por remate al conductor.

—Para servir a usted—respondía el interrogado con cara de recelo.

Acto continuo le asaltaban los caciques; y después de abrazarle y de sobarle mucho:

—Tenemos el gusto—le decían—de presentarte a nuestro candidato, el señor don Simón de los Peñascales, «persona independiente, con treinta mil duros de renta y mucho talento».

—Muy señor mío—añadía don Simón quitándose los guantes, abriendo las solapas y dando un cigarro al campesino, para lucir tres cosas de un golpe: su rumbo, su cadena y sus diamantes.

Tomaba el buen hombre el cigarro sin hacer caso de lo demás, y mientras chupaba para encenderle, decía con mucha calma:

—De lo que yo entendí a un señor tan prencipal como éste alabarme tanto las bestias, dije para mí: «¿Por qué será?» ¡Mil demonios si me acordaba de las elecciones!

—Pues ya te las han recordado...

—Como si callaran; que nosotros, los pobres, vamos por donde nos llevan; ¡y gracias que así y todo!... Con que ¡ea! se agradece el obsequio y la alabanza, y hasta otra.

—¡Pero oye un momento!

—No puede ser, que se me van las bestias, y temo que hagan alguna que cueste los cuartos.

—¿Lo ven ustedes?—decía don Simón muy amoscado, volviéndose hacia sus consejeros.

Pero éstos se le reían a las barbas, por toda respuesta; y llevados del mejor deseo, y fundados en su experiencia, ni se arrepentían ni se enmendaban.

J. M. de Pereda.

DISCIPLINA SINDICAL

El capitalismo se mantiene en sus posiciones por la férrea disciplina que caracteriza a las instituciones encargadas de defenderle.

El Estado, a pesar de ser un mecanismo sumamente complicado, cuida preferentemente la uniformidad y cohesión de las partes que lo componen, de manera que no se alteren en lo más mínimo.

Es esta rigidez de su organización la que le permite afrontar ventajosamente las situaciones más difíciles.

No puede decirse igual cosa de la organización proletaria.

Sus defecciones en la lucha contra el capitalismo provienen principalmente de carencia de la organicidad indispensable para hacer frente a instituciones regimentadas cual lo son las que responden al capitalismo.

Diversos factores contribuyen a que las organizaciones sindicales se encuentran en esta situación.

En primer término, algunos trabajadores, por incapacidad, conceptúan que no están obligados a cumplir los acuerdos que se toman por mayoría, ya porque disienten con los mismos, o porque el cumplimiento de ellos exige un sacrificio que no se disponen a realizar.

Indudablemente que este concepto los lleva a burlar las resoluciones que se toman, en detrimento de los intereses colectivos.

Este proceder trae como consecuencia que otros obreros que cumplen con su deber tan sólo por la buena voluntad que alientan hacia la organización, se resistan igualmente a cumplir los acuerdos, mientras éstos no sean acatados, por todos.

¡Cuántas intrigas, huelgas y molestias generan estos hechos!

Ya se discute entre un grupito insignificante y a espaldas de la organización la torpeza de tal o cual compañero por haber formulado la proposición, ya se pone en duda la conducta de unos, o se calumnia a otros, sin fundamento, malogrando arteramente todo lo bueno que realizan los pocos que se sacrifican por la organización.

Olvidan, o por cobardía no quieren hacerlo, que los asuntos relacionados con la organización deben tratarse en las asambleas, aparte de que esa obra subterránea y solapada que realizan al margen del sindicato, obstaculiza su prosperidad, y pone en peligro la estabilidad e integridad de la organización.

Es menester obrar orgánicamente, para conceptuarse obrero organizado.

Otros obreros, por sustentar conceptos equívocos acerca de la libertad, entienden que la disciplina sindical es una tiranía, y la combaten apoyándose en motivos doctrinarios.

En el sindicato no caben las tiranías, por lo mismo que los trabajadores asociados tienen todos los mismos derechos y deberes.

Como es imposible encontrar una fórmula que satisfaga ampliamente a todos los obreros, cuando se trata de tomar alguna resolución, éstas se adoptan por mayoría, después de haber deliberado, dando lugar a que cada asociado forme una opinión.

Estas resoluciones pueden considerarse, cuando un número determinado de asociados solicitan la reconsideración.

De más está decir que estas prácticas son esencialmente libertarias, y sólo se encuadran en el marco de organicidad necesario para que los intereses colectivos no sean lesionados por los caprichos o conveniencias personales.

Únicamente podría concebirse como una tiranía la disciplina dentro de la organización, si un grupo de asociados se encargaran por sí mismos de tomar resoluciones para que el conjunto las cumpliera.

Desde el momento que se consulta a todo el gremio, desde el obrero más capaz hasta el más torpe deben cumplir los acuerdos que se tomen, no existe tal tiranía.

Además la tiranía supone la existencia de dirigentes y dirigidos, y su práctica tan sólo beneficia a los primeros en detrimento de los segundos.

En tal caso, la tiranía existe para éstos, pero no para los que la ejercen, y en el sindicato ocurre que los obreros capaces, que son los más indicados para tiranizar, son en cambio los sacrificados, porque contra ellos se concitan los rencores de los patrones y obreros reaccionarios.

En las instituciones burguesas predomina una disciplina de servilismo, por cuanto los que tienen que observarla se limitan a acatar lo que otros han dispuesto.

No se les consulta, ni se solicita su participación para determinar cómo deben obrar. Tienen que acatar ciegamente, y por lo regular a disgusto, lo que se les impone.

El ejército es una demostración inconcusa de lo que hemos expuesto.

En él los soldados no tienen otra misión que obedecer las órdenes impartidas por sus superiores, los cuales se guían por un código en cuya confección los subalternos no han tenido participación alguna.

Sin embargo, la fuerza que poseen las instituciones militares depende de la observancia estricta de esa disciplina servil.

¿Por qué el ejército del trabajo no ha de disciplinarse también, en una forma libertaria, si de la fuerza orgánica de su organización depende la emancipación de su clase?

X.

El factor revolucionario

... ...

Sabemos que anheláis la revolución, que idealizáis la sociedad futura. Hemos visto vuestras manos tendidas al horizonte, hemos oído vuestra palabra, exaltada por el éxtasis, clamando al futuro. También hemos oído vuestras canciones nuevas y vuestros poetas. ¿Y queréis que os hablemos con franqueza? Todo eso nos es indiferente.

Hay únicamente un factor revolucionario: el proletariado organizado en sus respectivos sindicatos y confederado.

Ya que entre vosotros hay sociólogos, debéis saber que no son las ideas, que no es la idea sino el cambio de la estructura lo que hace la revolución social.

Vuestros sociólogos deben también deciros que en la actualidad hay dos estructuras: la de la burguesía, del capital y de la política, y la del pueblo, que es la del trabajo, de la técnica, del sindicalismo.

¿Qué nos importan vuestros discursos, vuestras frases galanas, vuestras homéricas imágenes de retóricos universitarios? Lo único que nos importa es saber con cual estructura estáis, en cuál de ellas colaboráis.

Sólo así nos convenceréis. Si en primer lugar estáis por el Parlamento y después por el Sindicato, colaboráis en la estructura burguesa por el orden capitalista y a favor del Estado político, o sea contra la otra estructura, la del sindicalismo y la revolución.

... ...

P. Cafite

Impotencia de la ley

Para que la acción legislativa sea fecunda, es necesario que sea incitada en cierto modo por el esfuerzo de las voluntades particulares; pero si este esfuerzo existe, se traduce por sí mismo en hechos y la ley no es ya más que un coronamiento, un remate.

El legislador concibe desde luego la sociedad como un organismo cuya inteligencia es él. Mas olvida que hay en cada célula un espíritu y una voluntad.

La ley francesa de 1884 sobre los sindicatos, ha sido calificada por sus enemigos de «Sedán industrial»; y sin embargo, los sindicatos existían antes que ella... En 1883 había en Francia 600 sindicatos ilegales. En 1886, ¿cuántos sindicatos legales había? 280. Esta cifra significa, no que ha disminuído en la mitad el número de los sindicatos después de la ley de 1884, sino que el movimiento sindical, resistiéndose a someterse a las prescripciones del texto nuevo, prefirió primero, para conservar su independencia, desenvolverse al margen de la legalidad.

El poder político cae, como un fruto maduro, en las manos de los que han adquirido la preponderancia social, pero no da la fuerza a quien no la posee sin él.

Una revolución que pretenda, por medios políticos y jurídicos, realizar fines sociales, es simplemente un error de método.

Juan Cruet

MOVIMIENTO DE SOCIOS

JUNIO DE 1925

Profesión	Ingreso directo Oficial	Ingreso directo 1/2 oficial	Con pase	Reing.	Total
Ebanistas	65	29	—	11	105
Lustradores	23	21	—	6	50
Escultores	1	—	—	—	1
Tapiceros	10	—	—	—	10
Torneros	1	1	—		2
Peones	7	—	—	—	7
Maquinistas	6	4	—	1	11
Silleteros	1	—	—	2	3
Carpinteros	2	1	2	—	5
Embaladores	1	—	—	—	1
Pintores	1	—	—	—	1
	118	56	2	20	196

JULIO DE 1925

Profesión	Ingreso directo Oficial	Ingreso directo 1/2 oficial	Con pase	Reing.	Total
Ebanistas	81	27	5	19	132
Lustradores	14	8	—	7	29
Escultores	—	1	—	—	1
Tapiceros	5	—	—	—	5
Peones	2	—	—	—	2
Maquinistas	5	—	—	3	8
Silleteros	1	—	—	—	1
Carpinteros	2	—	2	—	4
Doradores	2	—	—	—	2
Embaladores	1	—	—	—	1
	113	36	7	29	185

PALABRAS SIN SENTIDO

Hoy no hay una sola gran palabra que tenga su sentido verdadero, llano y leal. Fraternidad: y el hombre combate contra el hombre; libertad: y los débiles están a merced de todos los juegos de la fuerza; propiedad: unos pocos hombres disponen de todos los otros desheredados.

No ha habido jamás una sociedad tan audazmente irónica como la nuestra. Es necesario apresurar el advenimiento de un nuevo orden social. Sólo entonces podrá haber una moral, esto es, una norma general de conducta.

Juan Jaurés

BIBLIOTECA SOCIAL

A la sola presentación del carnet sindical que lo acredite como socio de nuestro Sindicato, cualquier compañero tiene derecho a retirar libros de la biblioteca para leerlos en su domicilio. Igualmente puede consultar en el local todos los libros de la Biblioteca y solicitar, respecto de los mismos, informaciones del compañero bibliotecario de turno.

La Biblioteca funciona todos los días hábiles, excepto los sábados, de las horas 20 a 22. Los días sábados de las horas 15 a 18.

Anexo a la Biblioteca en lengua castellana funciona también la biblioteca de lengua idisch.